



Carmen Colorado
Clara Ann Simons

REGLA DE TRES

¿DÓNDE ESTÁ EL LÍMITE DEL AMOR?

Regla de tres

Carmen Colorado
Clara Ann Simons

Regla de tres

Carmen Colorado
Clara Ann Simons

Copyright © 2024 por Carmen Colorado y Clara Ann Simons.

Todos los Derechos Reservados.

Registrado el 08/02/2024 con el número 2402086877329

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de sus autoras. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

La portada aparece a efectos ilustrativos, cualquier persona que aparezca es una modelo y no guarda ninguna relación en absoluto con el contenido del libro, con sus autoras, ni con ninguno de los protagonistas.

Para más información, o si quieres saber sobre nuevas publicaciones, por favor contactar vía correo electrónico en claraannsimons@gmail.com o carmenescribe22@gmail.com

Twitter: @claraannsimons1 @ccoloradowriter

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Otros libros de las autoras](#)

Capítulo 1

Laura

Bañada por la luz de la luna que se cuelga por la ventana, termino de abrochar los botones de la camisa para la cita de esta noche. He decidido ponerme un conjunto bastante casual, prefiero no arreglarme demasiado. Al fin y al cabo, tan solo la veré una vez, y no sé si terminaremos la noche tal y como deseo. No obstante, la chica es bastante interesante. Tiene una belleza intrigante y una sonrisa que ya he empezado a memorizar, aunque tan solo la haya visto en fotos. No puedo evitar pensar en que ojalá sea mía por unas horas.

Deslizo los pies en los zapatos de tacón y me miro por última vez al espejo. El reflejo me devuelve la imagen de una mujer satisfecha.

—¡Me veo pibón! —susurro para mí misma.

No puedo evitar hacerme una foto y mandársela directamente a Sonia.

—Bellísima —responde a los pocos segundos.

Ella también tiene una cita esta noche. Mañana intercambiaremos información e impresiones al respecto. Creo que es la parte que más nos gusta de estas noches locas.

El timbre de casa suena, sacándome de mis pensamientos. Coloco mi flequillo de nuevo frente al espejo y me encamino hasta la puerta. Al abrir, la chica de ojos verdes me corta la respiración. Viste un pantalón de talle alto negro y un top blanco que deja entrever toda su figura. Los largos rizos castaños acarician sus brazos con suavidad, acunados por la brisa de la noche.

—Hola —susurra llamando mi atención—. ¿Estás bien?

—¡Sí, sí! Perdona. Encantada de conocerte, Martina —me acerco para darle dos besos, gesto que ella acepta y corresponde.

—El placer es mío, Laura.

—Pasa, por favor —da unos pasos y, al quedarme a su espalda, aprovecho para mirar su figura—. Joder, es preciosa —pienso, con los ojos clavados en sus caderas.

—¿Seguro que prefieres que nos quedemos en tu casa?

—¿Te incomoda estar aquí?

—No, para nada. Cuando me dijiste que me invitabas a cenar, pensaba en un restaurante. Ya sabes, con manteles y camareros y cosas así —bromea.

—Prefiero la comida casera —apunto con una sonrisa mientras le pido con un gesto que me siga hacia la cocina.

—Vaya, así que has cocinado solo para mí —su voz se tiñe de un tono sugerente, la miro y sonrío de lado.

Se ha quedado apoyada en el marco de la puerta, observándome con detenimiento. Una pose tan elegante que podría incluso estar ensayada. Después de poner el horno para darle el último golpe de calor a nuestra cena, busco su mirada, manteniéndola durante varios segundos. Esos ojos verdes me tienen atrapada desde que la he visto. Quiero acercarme y acariciarla, besarla, pero mis piernas no me responden; es como si un bloque de hormigón las atrapara o hubiesen echado raíces en el suelo.

Por suerte, ella da esos pasos que yo soy incapaz de dar. Cruza el espacio que nos separa con la seguridad de alguien que sabe lo que quiere. Mi mirada se lo ha dicho todo. Una de

sus manos acaricia mi mejilla y mi mentón con calma, y sin perder un solo segundo, me besa.

Es un beso lento y tierno, sus suaves y cálidos labios recorren los míos durante varios segundos. Siento un pequeño escalofrío recorrer mi espalda, terminando en mi entrepierna.

No quiero, pero odio el momento en el que se separa. Tanto es así, que incluso se me escapa un suspiro cuando lo hace, provocando una alegre sonrisa en sus labios.

—¿Qué es lo que esperas de esta cita, Laura? —pregunta al notar que soy incapaz de hablar.

—Pasar un buen rato —admito.

—Bien...

—¿Y tú?

—Lo mismo. Aunque debo admitir que casi la suspendo —admite, alzando las cejas.

—¿Por qué?

—No sé si debo decírtelo.

—Adelante, no voy a espantarme ni nada parecido —nos miramos y sonreímos.

—Hace un par de semanas conocí a una chica, pasamos una noche increíble y llegué a pensar que tendríamos algo más que un rato divertido. Ya sabes, fue una noche de esas que piensas que le seguirán muchas más.

—Te gustó, por lo que veo —interrumpo.

—Era una mujer increíble, y muy interesante. Creo que fui un juguete en sus manos —se lamenta cabizbaja, un eco de decepción tiñendo su voz.

—No pienses eso, seguro que tú a ella también le pareciste muy bonita. Si buscabas pasar un buen rato, como en esta ocasión, es lo que tuviste.

—Ya.

—Te marcó más de lo que imaginaste —suspiro.

—Pues sí... Pero bueno, eso es agua pasada y ya está. No quiero recordarlo más. Y menos contigo. No estamos aquí para eso, ¿verdad?

—No pasa nada, tranquila —respondo con una sonrisa tranquilizadora.

La cena y el resto de la velada transcurre en modo realmente increíble. Reímos, conversamos mucho, intercambiamos historias y, tal y como ambas queríamos, acabamos en la cama. Los roles estaban más que marcados esa noche. Lo que no imaginé es que la chica, con una simple caricia, con un simple contacto de sus labios, me hiciera sentir tanto y a tal nivel. Es una sensación indescriptible.

Se queda dormida tras nuestra sesión de sexo. Yo me recuesto a su lado, observándola en silencio. Su cuerpo, sus ojos, su pelo, su piel. Es una mujer hipnótica, y, hasta el momento, una de mis mejores amantes. De esto no tengo duda.

Sonia

Llego a casa después de mi no cita. La chica no se ha presentado, cosa que, por una parte, me ha puesto de mal humor. Me irrita mucho que hagan ese tipo de cosas porque me he arreglado y he salido de casa para nada. Por otro lado, casi hasta lo agradezco. Desde hace unos días soy incapaz de quedar con nadie que no sea Laura. Me cuesta mucho. Supongo que, en la noche de hoy, la única que ha disfrutado ha sido ella. Y no es que me importe, todo lo contrario.

Le envié un mensaje avisándola de que llegaría antes de lo previsto. Sin embargo, no lo ha leído, y eso solo significa una cosa. Nada más entrar, lo confirmo. Los platos de la cena siguen en la mesa y su ropa, además de la de su acompañante, marcan un camino hasta

nuestro dormitorio. Me quito la chaqueta y limpio todo lo que han dejado en la mesa. Aprovecho también para recoger la ropa de Laura y de la otra chica, evitando que se queden esparcidas por el suelo.

Por un momento, mi piel se eriza, la mezcla de perfume que la ropa desprende me resulta extrañamente familiar. Sacudo la cabeza, desechando esos pensamientos, ya que no lo recuerdo con claridad y regreso a mi tarea. Coloco todo en una de las sillas del pasillo y me acerco con cautela a la habitación.

No se escucha nada, ni gemidos, ni jadeos, así que me permito abrir la puerta con cuidado. Asomo brevemente la cabeza y Laura me ve, sonrío y se levanta. Coge su bata de satén blanco y se la coloca por los hombros, mientras tanto, me pide con la mano que entre. La chica está de espaldas, dormida, mostrando unos hombros preciosos y no se enterará de que estoy aquí. Nada más llegar a mi lado, rodeo a Laura por la cintura con uno de mis brazos y nos besamos.

—Llegas muy pronto —susurra.

—Me han dejado plantada —contesto en el mismo tono, Laura me mira sorprendida, alzando una ceja—. Tú te lo has pasado muy bien, por lo que veo —agrego, señalando con la barbilla hacia la chica desnuda que duerme en nuestra cama.

Ambas miramos el cuerpo de la chica, tapado por las sábanas.

—Es una mujer increíble. Y muy interesante —admite mi mujer.

—¿Repetirías? —pregunto con media sonrisa.

—Pues sí, no te voy a mentir —responde antes de besarme de nuevo.

La chica empieza a moverse en la cama. En ese momento, decido salir, pero algo me frena, me detengo en seco. Cuando la veo acomodarse y darse la vuelta, aún dormida, mi cuerpo se hiela. Es entonces cuando ese olor regresa de nuevo a mis fosas nasales. Ahora lo recuerdo con claridad, pertenece a la chica que está descansando en mi propia cama.

—No puede ser...

—¿Qué ocurre? —pregunta Laura con preocupación.

—Martina —digo su nombre y los ojos de mi mujer se abren como platos.

—¿La conoces?

—Ella es la chica de la que te hablé, con la que me acosté hace dos semanas —aclaro rápidamente.

Las dos la miramos, y ahora, todo cobra sentido. Comprendemos con exactitud las impresiones de ambas. Ahora entiendo por qué quiere repetir, y ella comprende por qué me marcó tanto la cita con aquella desconocida.

Capítulo 2

Martina

Abro los ojos al sentir a Laura moverse a mi lado. Está sentada, envuelta en una bata blanca. Dios, está preciosa. Me observa con curiosidad, algo más seria de lo que me esperaba. Cierro los ojos de nuevo, el cansancio me vence, aunque intento que no lo haga. La miro de nuevo al sentir sus caricias en mi mejilla, y cómo bajan a lo largo de mi cuello y mi hombro.

—Hola, dormilona —susurra, y no puedo evitar sonreír. Me hace sentir realmente bien.

—Hola, ¿cuánto tiempo he dormido?

—Unos...cuarenta minutos —confirma, mirando el reloj que tiene en la mesilla.

—Creo que es mejor que me vaya...

Pretendo incorporarme cuando su mano en mi hombro me frena. Alzo una ceja sin comprender lo que ocurre al percibir su gesto, esperando una explicación.

—Espera, necesito hablar contigo un momento —susurra, esbozando una sonrisa.

—Si, claro —en este instante me deja levantarme, me siento sobre la cama e, inconscientemente, me tapo con las sábanas—. ¿Ocurre algo? ¿Hice algo que te molestó?

—¡No! Tranquila, todo lo contrario. Es solo que... bueno, es algo complicado de decir.

Está nerviosa, incapaz de sostenerme la mirada y su mano tamborilea sobre el colchón con rapidez.

—Laura, puedes decirme lo que quieras, creo que después de lo que ha pasado entre nosotras tenemos la suficiente confianza para que puedas hacerlo —aseguro al mismo tiempo que nos señalo con el dedo, marcando la situación.

En ese mismo momento, su mirada se desvía sobre mi hombro. Mira justo detrás de mí, y yo, curiosa y con ganas de encontrar respuestas, decido girarme.

Cuando lo hago, el tiempo parece detenerse. Justo detrás de mí, apoyada en la puerta de la habitación, hay una mujer. Pero no una mujer cualquiera, una que yo ya conozco. Se me seca la garganta y una gota de sudor se desliza por mi sien fruto del repentino nerviosismo.

—Sonia... —pronuncio su nombre en un susurro tras unos segundos, cuando recupero la voz. Hago un pequeño intercambio de miradas entre ellas antes de preguntar, buscando una explicación—. ¿Qué... Qué haces aquí?

La mano de Laura se posa sobre mi rodilla, la acaricia con suavidad y sonrío brevemente, casi de manera fugaz, antes de contestar. Noto la tensión en sus ojos, no puede ocultar lo apurada que está antes de comenzar a hablar.

—Sonia es mi mujer.

Y ahora sí, creo que estoy a punto de morirme o de que me dé un infarto. Mi cuerpo se queda petrificado, observando a Laura. No puedo moverme, no puedo más que pensar en esas cuatro palabras que se repiten en mi cabeza con rapidez. Creo incluso que, por un momento, he perdido la razón y toda aquella función que me hace vivir.

Y es entonces cuando todo mi mundo parece colapsar. La realidad me golpea como un tren de mercancías al escuchar esas cuatro palabras. Mi cuerpo empieza a reaccionar en el momento que Sonia se sienta a mi lado y me acaricia la mejilla con una suavidad desconcertante, provocando que la mire. En ese instante, todas aquellas lágrimas que se han

acumulado en mis ojos se liberan y fluyen por mi rostro. Mi mirada se pierde en un punto indefinido, incapaz de mantener la suya y aceptar la realidad.

—No sé si ha sido el mejor modo de decirle esto —apunta Laura, acercándose más a mí para limpiar las lágrimas que ruedan por mis mejillas.

—Da igual el modo, Laura, no es fácil digerir una noticia así.

Las miro completamente extasiada.

—Martina, cariño —Laura, con su dulzura, intenta hacerme reaccionar.

Por un segundo, siento cómo mi alma entra de nuevo en mi cuerpo. Me separo de ellas y me levanto de la cama con rapidez, buscando mi ropa. Sé que la hemos dejado por el camino durante nuestro encuentro, así que regreso sobre mis pasos. Para mi sorpresa, la encuentro doblada sobre una de las sillas del pasillo. Cojo la ropa interior y me la pongo con rapidez, no me da tiempo a coger el resto cuando ambas aparecen de nuevo.

—Espera, por favor —ruega Laura— no te vayas.

—Queremos hablar contigo —añade Sonia.

—¿Hablar? —pregunto mirando a ambas, alzando ligeramente la voz—. ¡Estáis casadas! No pinto nada aquí. Eso lo tengo muy claro.

—Martina, por favor —suplica Sonia, acercándose y cogiendo mis manos entre las suyas—. Al menos escuchanos, luego puedes irte, si quieres.

Vuelvo al juego de miradas entre ambas, intentando descubrir que es aquello de lo que pretenden hablar. Están muy serias y sé que me lo piden de verdad, hay sinceridad en sus ojos. Respiro, empiezo a ser mucho más consciente de lo que ha ocurrido y decido darles esa oportunidad de explicarse. Al menos sabré cómo hemos llegado a esta situación y quizá mi enfado y mis nervios se esfumen al escucharlas.

—Está bien —nada más escucharme, ambas se miran y sonríen. Sus miradas brillan.

Regresamos a la habitación. Me miran con seriedad, mi gesto y mi mirada se ha oscurecido. Con un suave movimiento de cabeza, Laura me pide que me sienta en la cama, lo hago justo en el centro, apoyando mi espalda contra el frío cabecero. Laura se sienta justo a los pies, teniendo cuidado de mantener las distancias para no incomodarme. Al menos no aún más de lo que ya me siento.

Sonia aprovecha esos segundos para cambiarse de ropa. Se desnuda y se pone una camiseta que cubre su cuerpo. No puedo evitar observarla mientras lo hace. Está claro que hay suficiente confianza como para hacerlo delante de mí. A pesar de la tensión, mi mirada se desvía hacia ella. He recorrido ese cuerpo con mis dedos más de una vez en una misma noche. De hecho, lo he hecho con ambas. Y no puedo creer que los tenga delante al mismo tiempo.

En cuanto se sienta al lado de Laura, consigo hablar sin dificultad.

—Estáis casadas, sois dos mujeres preciosas, increíbles —admito—. ¿Qué hago yo aquí? ¡Tenéis todo lo que cualquiera desearía! —exclamo señalándolas.

—No te falta razón, Martina —empieza Sonia, su voz ahora más calmada—. Eso no quita que nos guste divertirnos de vez en cuando fuera de la pareja.

—Desde que nos conocimos, siempre hemos estamos juntas —explica Laura—. No obstante, en alguna que otra ocasión, nos gusta abrir la pareja para explorar y tener noches de sexo con otras chicas.

Las escucho con atención, con una mezcla entre asombro y un toque de envidia por la solidez de su relación. Esto es algo que no se ve habitualmente. No es fácil encontrar parejas con tal grado de confianza. Sin embargo, tendrán sus motivos para hacer esto y lo

respeto. Son libres, dentro de su matrimonio, de hacer lo que les venga en gana.

—Esto —nos señaló—. Que yo esté aquí, ¿ha sido planeado? —inquiero confusa.

—No —responde Laura sin dudar—. Nunca nos revelamos la identidad de las chicas con las que estamos. Ha sido una mera casualidad.

—Ambas usamos la misma aplicación de citas y te hemos encontrado ahí —prosigue Sonia—. Yo...ni siquiera debería estar aquí, tenía otra cita, pero la chica en cuestión me dejó tirada y llegué antes de tiempo. Cuando te he visto... Ha sido un shock —reconoce.

—Desde que estuvo contigo no ha podido hacerlo con otra chica —me explica Laura al segundo. Esa información me deja sin habla—. Y, ahora, sabiendo que eres tú, no me extraña en absoluto.

Cojo aire con lentitud, intentando procesar en mi cabeza todas y cada una de las palabras que me están diciendo. Entendiendo que, desde que he llegado a sus vidas, algo ha cambiado. Y lo que es peor, yo he sido el catalizador de ese cambio.

¿Es esto alguna clase de broma? ¿Significa que acabo de meterme en medio de un matrimonio? Y lo que es más grave, ¿he provocado algún distanciamiento entre ambas? De ser así, no me lo podría perdonar nunca. No es esto lo que buscaba, jamás quise que mis encuentros provocasen una situación así.

No me puedo creer que me esté pasando esto.

Capítulo 3

Sonia

Laura y yo dejamos correr el suficiente tiempo como para que Martina escuche y comprenda cada palabra que le decimos. No es una situación fácil, hay mucho que procesar y qué menos que darle unos minutos.

—¿He provocado una separación entre vosotras? —pregunta angustiada, intentando que no se le quiebre la voz.

Ahora soy yo la que se acerca un poco para tranquilizarla.

—No, Martina. Eso no es así —le aseguro, apretando con suavidad su rodilla.

—Pero lo que has dicho es que...

—Es que he sido incapaz de quedar con otra chica, fuera de nuestra pareja —me apresuro a aclarar—. Con Laura todo sigue igual que siempre. Por eso no debes preocuparte. Sin embargo, me cuesta mucho encontrar a otra chica que me haga sentir lo mismo que has hecho tú —le explico.

—Ya...

—Desde aquella cita contigo —sigue Laura a mi lado— algo ha cambiado en Sonia en este aspecto. Y ahora entiendo por qué. Tú eres el motivo, Martina.

—¿Yo?

—Sí.

Laura se levanta y se sienta justo a su lado, ambas me clavan ahora la mirada.

—¿Sabes? Hemos hablado mientras dormías. Y hemos llegado a la misma conclusión. Eres una mujer increíble, Martina. Inteligente, risueña. Nos haces sentir muy bien, nos aportas energía positiva y lo que hemos vivido contigo... nos ha gustado más de lo que ninguna podíamos haber imaginado.

Con un atisbo de timidez al escuchar mis palabras, Martina desvía la mirada hacia el suelo y sus mejillas se ruborizan. En este instante, yo me acerco más a ella y coloco una mano sobre su rodilla, llamando su atención.

—¿Tú has estado a gusto con nosotras? Por favor, sé sincera —le pido.

—Sí, de hecho, todo esto ha significado más de lo que yo misma quería —Laura y yo nos miramos fugazmente al escucharla—. Nuestra cita fue increíble —explica con media sonrisa—. Y con ella me ha pasado lo mismo. Cada una me habéis dado cosas diferentes, cosa que empiezo a entender ahora. Y me ha gustado mucho. Al despertar, con ambas —nos mira— he sentido la necesidad de querer más que una noche.

—A nosotras nos ha pasado lo mismo —admito con un hilo de voz.

Martina nos mira y confirma que es así. Pellizca el puente de su nariz, dejando escapar un largo suspiro.

—Si estás de acuerdo, nos gustaría poder seguir en contacto contigo —propone Laura, intercambiando conmigo una mirada llena de complicidad—. Queremos... bueno, queremos conocerte más, y quizás... poder repetir alguna noche, juntas.

Extiendo el brazo y cojo la mano de Laura, entrelazando nuestros dedos. Nos miramos antes de buscar la mirada de Martina.

Ella nos observa tranquila, ahora más calmada de lo que imaginamos, cosa que nos gusta.

Durante unos segundos, el silencio inunda nuestra habitación, pero es un silencio cómodo y agradable. Acaba cuando Martina suspira y se tapa la cara, sobrepasada por la situación, no se esperaba esto. Ninguna de las tres lo esperábamos, pero sí, está sucediendo.

—No queremos volver a ver a ninguna chica que no seas tú —confirmo, encogiéndome de hombros.

Martina se queda perpleja. Abre la boca un par de veces, aunque las palabras parecen atascarse en su garganta.

—Yo... no...no sé qué decir. Ehm —suspira— necesito pensarlo, no esperaba esto y no quiero decir algo ahora de lo que pueda arrepentirme más adelante.

—Tranquila, es comprensible —dice Laura, acariciando su muslo con suavidad.

—Te daremos el tiempo que necesites —Martina asiente conforme, seguramente aliviada de que estemos dispuestas a darle espacio.

—¿Puedo preguntar algo?

—Adelante —la animo.

—Si yo os dijera que no, ¿buscaríais a otra?

Laura y yo intercambiamos miradas, no hemos hablado de esto. Sin embargo, tampoco nos hace falta hacerlo, nuestra respuesta está muy clara. Sonreímos, apretamos nuestras manos que aún siguen cogidas y la miramos.

—No —respondemos a la vez.

—No queremos hacer esto con otra persona que no seas tú —explica Laura.

—Jamás hemos hecho algo así, Martina. Pero tú eres especial para ambas. Como bien ha dicho Laura, no podríamos hacerlo con otra persona. Y no nos preguntes por qué, creo que ninguna de las dos sabríamos razonarlo en estos momentos. No obstante, es lo que sentimos, lo que deseamos. Si dices que sí, hablaremos y daremos los pasos que vayamos necesitando para que todas nos sintamos cómodas. Si dices que no, no pasará nada. Lo entenderemos. Todo se quedará aquí y no volveremos a molestarte nunca.

—Para aclararme —interrumpe, acariciándose la nuca. Laura y yo sonreímos— ¿Lo que queréis con esto es únicamente sexo o algo más?

—Bueno, creo que sexo y diversión ya hemos tenido contigo por separado —responde Laura, mordiendo su labio inferior— y nos gustaría repetirlo en alguna ocasión juntas. Pero en este momento, planteamos algo más que eso.

—Bien... debo pensarlo con calma —añade con seguridad, asintiendo lentamente.

—Hazlo, tómate el tiempo que necesites. Sabemos que no es fácil —le aseguro.

El silencio vuelve a instalarse entre nosotras durante varios segundos. Lo que acaba de pasar es más que increíble para las tres. Ninguna de nosotras nos hemos visto envueltas en una situación similar y creo todas necesitamos asimilarlo. Desvío la mirada hacia Laura y aprieto su mano. Nos falta preguntarle algo que nos dará un avance de lo que ella piensa. Asiente y, al segundo, su mano, que sigue apoyada en el muslo derecho de Martina, se mueve de nuevo para acariciarla.

—Nos gustaría que te quedaras a dormir, es un poco tarde y estás muy cansada para volver a casa —susurra con ternura.

—He visto el que supongo que es tu coche en la puerta —afirmo— quiero recordar que me dijiste que vivías en la zona residencial de la ciudad, está a más de veinte minutos y no me gustaría que te ocurriese algo, más a estas horas.

Martina nos mira, piensa durante unos segundos nuestra propuesta y, al contrario de lo que pensábamos, asiente con una tímida sonrisa. Lo hace con lentitud, aun así, su respuesta

consigue que Laura y yo intercambiamos miradas y una sonrisa de complicidad. Esto significa que, al menos, tenemos una pequeña posibilidad de tenerla en nuestra vida, algo que nos gustaría muchísimo, la verdad.

—Voy al servicio un momento —anuncia Martina, antes de levantarse y dirigirse al baño de nuestro dormitorio.

Aprovecho para acercarme a Laura, me siento a su lado y la beso antes de acogerla en mis brazos. Suspira nada más apoyar la cabeza sobre mi pecho.

—Pensé que diría que no —susurra en mi oído.

—Yo tenía la misma sensación —confieso con sorpresa.

—Jamás imaginé que llegaríamos a esto —continúa Laura con un toque de incredulidad.

—Ni yo... ¿Estás segura de querer seguir adelante?

—Sí —afirma de inmediato—. Aunque tengo miedo.

—¿Por qué? —inquiero, acariciando su espalda con suavidad.

—Esta situación se siente demasiado bien, y no quiero que lo nuestro se estropee por ello.

—Eso no pasará, amor. Tú y yo tenemos muy clara nuestra relación. Es cierto que la llegada de Martina ha trastocado un poco nuestro juego. Pero eso no dañará nuestro vínculo —le aseguro antes de dejar un beso en su cabeza—. Y sí, se siente bien. Muy bien —suspiro.

—Sí... Hemos oído hablar mucho de las relaciones poliamorosas, incluso hemos leído alguna que otra novela que incluía este tipo de relación —me recuerda—. Sin embargo, nunca imaginé que un día estaríamos planteándonos una trieba.

—Creo que es algo que nunca podríamos haber previsto. De todos modos, debemos ir con calma. Es algo nuevo para las tres, y para ella es aún más difícil. En algún momento puede sentir que se está metiendo dentro de un matrimonio, y no es así. Y nosotras dos... nosotras debemos tener muy claro que, aunque Martina entre en nuestras vidas, nuestro vínculo permanece intacto.

—Iremos poco a poco —susurra, asintiendo lentamente—. Tenemos que hablar mucho y comprender todo lo que estamos sintiendo. Aprender este nuevo camino que estamos tomando y, sobre todo, hacerlo de la mano. Vamos las tres en la misma dirección, deberíamos tenernos en todo momento y dejar las cosas claras desde el principio. Lo más importante será la comunicación.

—Así lo haremos —le aseguro—. ¿Estás nerviosa? Tu pierna no hace más que pegar saltos —bromeo.

—Me va a dar algo en cualquier momento —reconoce, llevándose una mano a la frente.

Detenemos la conversación al observar que Martina sale del baño, nos mira y sonríe de lado. Parece más sosegada. Laura y yo nos hacemos a un lado, dejándole un espacio entre nosotras. Tarda pocos segundos en comprender que es una invitación silenciosa para que se tumbe justo ahí, y lo hace al instante.

Nos acomodamos junto a ella, cerrando la distancia entre nuestros cuerpos. Laura coge su cara, traza su barbilla y deja un cariñoso beso en su frente. Yo, por mi parte, cojo su mano y la acerco para besar sus nudillos. Han pasado dos semanas desde que nos acostamos, la situación es ahora diferente y me da miedo excederme y que algún gesto le sienta mal. Con este, en cambio, Martina me responde con una dulce sonrisa.

No hay palabras, no las necesitamos. Esto se siente bien, las tres nos sentimos cómodas y eso es lo más importante.

Capítulo 4

Martina

Tras meditarlo por unos instantes, tomo una decisión. Sí, me quedaré a dormir. Aunque soy consciente de que si mi respuesta hubiese sido negativa, ninguna de las dos habría insistido.

Pero ¿para qué negarlo? Quiero pasar la noche con ellas. Será una buena prueba y, además, me ayudará a aclarar mis pensamientos, porque en estos momentos estoy hecha un lío. Estoy segura de que, si hubiese vuelto a casa, no habría podido dormir nada, dándole vueltas al asunto. Ambas están siendo muy sinceras conmigo, así que, ¿por qué no darles una oportunidad? ¿Por qué no dármele a mí misma?

Para ser sincera, nunca imaginé vivir una experiencia de este tipo, jamás me lo había planteado. Sin embargo, ahora que la tengo tan cerca, soy incapaz de decir que no. Es demasiado tentador. Las mujeres que tengo delante son preciosas, y no solamente en el físico. Puede ser una buena oportunidad para conocerlas mejor y también para conocerme a mí misma en este aspecto de mi vida. Las tres tenemos mucho que hablar, mucho que conocer y explorar. Si lo hacemos de la mano será mucho más sencillo.

El beso en la frente de Laura y el que Sonia me da en la mano, me transmiten una calidez que disipa todos mis miedos y mis nervios. Tanto es así que me quedo dormida a los pocos minutos, sintiendo los cuerpos de ambas mujeres a mi lado, protegiéndome, queriéndome. Es una sensación realmente indescriptible.

Por la mañana, despierto al sentir unas suaves caricias en mi cuello. Una sonrisa se dibuja en mis labios de manera involuntaria, esto me gusta. Abro los ojos y me encuentro con la mirada de Sonia. Sus ojos brillan al cruzarse con los míos y su sonrisa se ensancha un poco más.

—Esos ojos verdes son aún más bonitos por la mañana —al escuchar sus palabras, siento cómo me sonrojo y me tapo con las sábanas, avergonzada. Ella ríe y me abraza, un gesto que recibo con gusto.

—¿Y esas risas? —la voz de Laura suena de repente, salgo de mi pequeño escondite y veo cómo se tumba con nosotras.

—Tu chica, que tiene un don para sacarme los colores —respondo atrevida, aunque noto como cada centímetro de mi piel se tiñe de un rojo pasión.

—A Sonia le encanta hacer cumplidos por la mañana —admite Laura mientras la mira con ternura—. Hace que una se levante de muy buen humor.

—¡No me extraña! —confieso, mordiendo involuntariamente mi labio inferior y ambas ríen al escucharme.

—Pocos cumplidos hago para los que os merecéis —responde Sonia, apretando ligeramente mi hombro de manera cariñosa.

En ese momento, sigo colocada entre ambas, bocarriba, y me convierto en espectadora silenciosa y en primera fila de la conversación y los intercambios de miradas repletas de complicidad. Se miran, sonríen y se acercan para besarse. En realidad, me da un poco de vergüenza presenciarlo, siento un poco de timidez al ser testigo de su intimidad, pero no digo nada. De hecho, ni me muevo.

Es una escena cautivadora. Me he quedado hipnotizada con su gesto. Cuando se vuelven para mirarme, aparto los ojos y no puedo evitar ruborizarme de nuevo. Aguanto un suspiro, uno de esos que te ayudan a templar los nervios.

Es Laura la que se tumba y posa sus manos en mi cuello, haciéndome girar hasta que nuestros ojos se encuentran.

—Quiero besarte, y sé que ella también —suspira. Me giro brevemente para mirar a Sonia, que sonrío, asiente e inclina la cabeza hasta que sus labios se posan en mi hombro, dejando un tierno beso sobre él y provocando que se me erice hasta el último pelo de mi cuerpo—. Pero no lo haremos si no estás preparada o no quieres —agrega.

¡¿Pero cómo no voy a querer?! Todo dentro de mí me lo pide a gritos.

—Sí que quiero —admito sin poder mantener sus miradas—. Es solo que... es que estoy muy nerviosa, nada más —confieso.

La sonrisa de Laura me derrite. Es increíble cómo un gesto tan sencillo puede desencadenar tantas emociones. Sus manos, suaves y cálidas, me envuelven y me acercan a ella lentamente, con delicadeza, hasta que sus labios y los míos se encuentran de nuevo. Unos labios que empezaba a echar de menos.

Siento cómo una ola de calor se extiende por todo mi cuerpo, de la cabeza a los pies. Sin embargo, se desborda al sentir las caricias de Sonia, bajando desde mi hombro hasta mis caderas, donde detiene la mano y me hace girar, rompiendo el beso de Laura y dejándome lo suficiente cerca de ella como para sentir su calor.

Trato de recuperar la cordura, el aire que he perdido en los últimos segundos, cuando sus labios vuelven a encontrarse con los míos. Los suyos, finos y suaves, me besan con más fuerza, haciéndome recordar todo lo que vivimos aquella noche. Al mismo tiempo, siento el cuerpo de Laura, abrazándome mientras besa mi hombro y la base de mi cuello.

Justo cuando ahogo un gemido en mi garganta, cuando ambas cesan en su labor lentamente. Dejando un breve rastro de lo que acabamos de compartir para que no me olvide de ello. Cierro los ojos y suspiro, no se han separado y aún siento los labios de ambas sobre mi piel.

—¿Estás bien? —pregunta Laura. Abro los ojos y miro al techo.

—Ahá... —suspiro.

—Pues parece que te va a dar algo —bromea Sonia y no puedo evitar sonreír al escuchar su comentario.

—Intento pedirle a mi propio cuerpo que frene este calor —confieso, provocando una oleada de risas entre nosotras— porque de no ser así, voy a tener un problema.

Durante unos minutos, regresan las risas y los abrazos. Sentir la piel de ambas rozándose al mismo tiempo provoca en mí una paz que jamás había sentido. Paz y excitación, pero esto segundo me lo reservo para mí, prefiero mantenerlo de momento en secreto, aunque creo que es más que evidente y ya se habrán dado cuenta.

Una paz que termina cuando mi teléfono empieza a sonar. Lo escucho lejano, ni siquiera sé dónde lo dejé la noche anterior con el arrebato de pasión al desnudarnos. Es Laura la que se ofrece a ir a buscarlo; a los pocos segundos aparece y me lo entrega. En cuanto miro la pantalla, dejo escapar un suspiro de resignación, me incorporo y observo de nuevo el nombre que aparece en ella.

MAMÁ

Las miro, me encojo de hombros a modo de disculpa y, sin moverme del sitio, contesto la

llamada.

—Buenos días, mamá —suspiro con resignación.

—¿Buenos días? Son más de las doce.

—Pues buenas tardes —respondo con un toque de sarcasmo al percatarme de que su humor parece no ser bueno en estos momentos. Prefiero cortar cuanto antes para que no me dé el día.

—¿Se puede saber dónde estás?

—Mamá, no sé cómo decírtelo, pero te recuerdo que tengo 27 años, y ya soy mayor para andar dando explicaciones. Anoche te dije que iba a salir, no es la primera vez que no duermo en casa, no sé por qué te sigue extrañando.

Me acaricio el puente de la nariz y suspiro en cuanto comienza una nueva retahíla de quejas. A cierta edad las podía aceptar, no me quedaba otro remedio, pero, ahora no, me resultan agotadoras. Observo a Sonia y a Laura y me disculpo con la mirada. Captan de inmediato mi incomodidad y creo que entienden que esta conversación durará algo más de lo esperado, así que deciden dejarme a solas.

—Vale, mamá, me queda muy claro. Y espero que tú comprendas que ya no soy una niña, que sé cuidarme sola y que no pasa nada si no duermo en casa alguna vez, porque supongo que no hace falta que te explique lo que hago esas noches. De hecho, y te lo recuerdo, sigo viviendo con vosotros porque me lo habéis pedido, pero eso no os da derecho a controlar mi vida o mis movimientos. Ya lo hemos hablado en demasiadas ocasiones.

—Solo me preocupo por ti —se disculpa, suavizando el tono de voz.

—Lo sé, y te lo agradezco. No te reprocho eso. Pero debes ceder un poco y soltar cuerda. Necesito que confíes en mí y me dejes espacio.

Al otro lado de la línea, escucho un suspiro de resignación, sabe que tengo razón. No es la primera vez que tenemos esta conversación, y también sé que no será la última, sobre todo ahora con la situación que estamos viviendo. Pero ya estaré yo aquí para recordárselo.

—¿Vendrás a comer al menos?

—Sí, en un rato estaré en casa.

—¿Seguro que estás bien? —insiste.

—Estoy perfectamente, te lo prometo.

—Bien, pues... te veo luego.

—Adiós.

Cuelgo y me dejo caer sobre el colchón. Me agota. No sé cuánto tiempo más podré aguantar esto. Y, lo peor de todo, es que ahora me toca pasar vergüenza por esta conversación con mi madre frente a Laura y Sonia.

Capítulo 5

Laura

Estamos terminando de hacer unos cafés cuando Martina aparece de nuevo, vestida con la ropa de la noche anterior. La miramos de arriba a abajo, casi desnudándola con la mirada, está increíblemente guapa. Pronto nos damos cuenta de que nos hemos pasado con la intensidad de la mirada, porque sus mejillas se tornan rojas. Creo que a las dos nos encanta esa capacidad que tiene para ruborizarse.

—Si seguís mirándome así, no sé qué voy a hacer con vosotras —bromea, haciéndonos reír. Se acerca y se deja caer sobre una de las sillas.

—¿Todo bien? —le pregunta Sonia preocupada, ofreciéndole un café que, para nuestra sorpresa, Martina se lo bebe del tirón.

—Gracias —agradece nada más terminarlo, colocando la taza vacía sobre la mesa—. Y sí, todo bien, o eso creo, al menos. Si le llego a decir a mi madre que he pasado la noche con dos mujeres, seguro que le da algo —Sonia y yo intercambiamos una mirada y no podemos evitar sonreír—. Se preocupa demasiado por mí, y ese control que tiene empieza a matarme. Es agotador.

—¿No has pensado en independizarte? —cuestiono, sentándome junto a ellas en la mesa.

—Sí, tengo mi trabajo y dinero suficiente para hacerlo. Pero mis padres son ya muy mayores, y hace un tiempo, cuando me lo planteé, me pidieron que me quedara con ellos. No pude decirles que no —explica, agachando la mirada con aire de resignación, tiene sus motivos—. Además, mi madre comienza a tener problemas de memoria y me preocupa no estar allí para ayudarla si le pasa algo.

—Sabes que en algún momento debes dar el paso —añade Sonia—. No te digo que no sea complicado, es perfectamente comprensible, pero necesitas tu espacio, hacer tu vida. Y con ellos eso es imposible.

—Lo sé —admite Martina con un largo suspiro—. Creo que voy a empezar a plantearme esto de nuevo. Buscaré un apartamento y me mudaré en cuanto pueda.

—Cualquier cosa que necesites, aquí nos tienes. Lo sabes, ¿verdad? —le pregunto, cogiendo una de sus manos entre las mías y acariciando sus nudillos con el dedo pulgar—. Me mira, sonríe y asiente antes de inclinarse para dejar un beso sobre mis manos.

—Bueno, creo que es hora de que me vaya —anuncia Martina, levantándose de la mesa y nosotras lo hacemos con ella—. Me gustaría quedar con vosotras pronto, no sé cómo, pero hacéis que me siento como en casa, muy a gusto, y es fantástico.

Sonia y yo intercambiamos una rápida mirada y sonreímos al escucharla. De repente, Martina se acerca a nosotras con rapidez y nos deja un dulce beso en nuestros labios. Ninguna de las dos nos esperábamos este gesto, de hecho casi nos deja clavadas en el sitio.

—¿Hablamos? —pregunta antes de cruzar el umbral de la puerta.

—Por supuesto.

—Ni lo dudes —añade Sonia, asintiendo con la cabeza.

Martina vuelve a sonreír y se marcha. Nosotras decidimos volver a la cocina y preparar algo rápido para comer mientras comentamos el tema.

—No le crearemos ningún problema con esto, ¿verdad? Tengo miedo de lo que puedan

llegar a decir. Y no me malentiendas, mientras no nos haga daño, a mí me da igual lo que diga la gente.

—A ver, es un tema complejo. Este tipo de relaciones todavía no se entiende ni se acepta. Tendremos que ir paso a paso, con calma. Pero nosotras no estamos aquí para hacerle daño, todo lo contrario. Le tenemos cariño, por decirlo de alguna manera, creo que poco a poco la vamos queriendo. Y si alguien, cualquier persona, se atreve a opinar sobre nuestra vida privada, nos defenderemos, como hemos hecho siempre. Nuestra vida privada es nuestra, y de nadie más. No tienen porqué opinar y mucho menos pensar que tienen algún derecho de entrometerse —sonríó al escuchar a Sonia, es tan clara y directa que me encanta.

Me acerco a ella y, colocando las manos en su cintura, la giro hacia mí para besarla.

—¿Sabes? Te lo he dicho muchas veces, pero nunca es suficiente. Una de las cosas que me gustan de ti es tu forma de ser. Directa y concisa. Tienes las ideas muy claras. Eres capaz de verle el lado bueno a todo, ves la solución a cualquier problema. Contigo todo es muy fácil, haces que mi vida sea mucho más sencilla y te quiero por eso.

—Guau, reina, me dejas sin palabras —suelta antes de abrazarme y besar mis labios.

—Eres mi ángel, y todo lo que he dicho es absolutamente cierto —le aseguro, abrazando su cuello y regalándole esa mirada sexy que sé que le encanta.

—Oh, dios, he tenido que hacer algo muy bueno en otra vida para merecerme esto —bromea, mordiendo su labio inferior.

Sonia deja lo que tiene en las manos y me conduce directamente al dormitorio. No puedo contener la risa cuando me tumba sobre el colchón y empieza a cubrirme de besos. Me encanta excitarla de este modo y poder disfrutar de estos pequeños momentos de intimidad con ella. Me dan la vida, literalmente.

Nuestra historia comenzó cuando ambas teníamos apenas 22 años. La conexión fue brutal desde el primer instante. Ahora, diez años más tarde, sigue igual que el primer día, la chispa entre nosotras continúa intacta. La confianza, la comunicación y el respeto prevalecen ante todo. Sí, en alguna que otra época hemos abierto la pareja, para divertirnos nada más. Y no todo ha sido tan fácil como parece. Pero llegamos a ese acuerdo después de mucho hablarlo.

Jamás nos hemos mentido, todo quedó claro desde un primer momento y siempre será así. La sinceridad es clave para nosotras y ahora no va a ser menos. Por ese mismo motivo supongo que hemos querido que Martina entre en nuestras vidas. El sentimiento es diferente, es algo totalmente nuevo, pero estamos seguras de que todos esos valores nos seguirán acompañando.

Abandonamos la habitación a la hora de comer, hemos agotado todas nuestras fuerzas entre las sábanas y necesitamos reponerlas. Veo como Sonia, entre bocado y bocado, se pierde en sus pensamientos. Su mirada se detiene en algún punto indefinido en el aire.

—Eh —coloco una de mis manos sobre la suya, sacándola de ese estado—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, es solo que...

Titubea, algo que rara vez sucede, tan solo en muy pocas ocasiones, cuando teme hacerme daño con sus palabras.

—¿Solo que...?

—Que la echo de menos —admite, encogiéndose de hombros y sé que me dice la verdad, lo veo en sus ojos—. Ya sé que no tiene sentido, Laura, pero es cierto.

—No eres la única. Y creo que no es malo reconocerlo. Lo que sentimos por Martina es muy fuerte.

—¿Cómo se puede querer tanto a una persona en tan poco tiempo?

—Esa es una gran pregunta. Te recuerdo que es lo mismo que nos pasó a nosotras en su día, cuando nos conocimos —me mira y sonríe—. Ahora nos vuelve a pasar con ella. Supongo que es buena señal —agrego con un guiño de ojo.

—Me siento como una adolescente con las hormonas revolucionadas —reímos, parece que sentimos lo mismo desde que Martina ha llegado a nuestra vida.

—Ya me he dado cuenta hace un rato en la cama —bromeo—. ¿Crees que será demasiado atrevido pedirle que pase más tiempo con nosotras?

—Eso me encantaría —suspira.

Sonia busca una de mis manos y la aprieta con fuerza. Somos una, siempre lo hemos sido. La llegada de Martina solo ha sumado un nuevo amor, un sentimiento diferente que nos hace mucho más felices si cabe, algo que espero que fortalezca aún más nuestra relación.

Nos pasamos el resto de la tarde del domingo tumbadas en el sofá, frente a la televisión. No nos apetece salir y nada mejor que una serie para ocupar nuestras horas. Solamente el sonido casi al unísono de nuestros teléfonos móviles consigue que nos movamos.

Martina te ha añadido a
REGLA DE 3

Nuestras miradas se encuentran, no podemos evitar sonreír y nos acomodamos antes de leer el mensaje.

¡Hola, preciosas! He pensado
que, quizás, tener este grupo
será perfecto para poder
comunicarnos a diario,
¿no os parece? De hecho,
me encantaría que fuera así...
Martina, 19:39 pm.

Capítulo 6

Martina

Llego a casa pocos minutos antes de que la comida esté lista. Revuelvo el bolso en busca de las llaves y, nada más entrar por la puerta, mi madre me lanza una mirada llena de intención. Por suerte, a estas alturas de mi vida, ya han perdido parte de la efectividad que tenían hace años.

Alzo las cejas y, sin necesidad de palabras, le indico que no estoy dispuesta a aceptar ni una sola pregunta, y mucho menos si se trata del lugar o la persona con la que he pasado la noche. Sabe que, llegado el momento, si estoy con alguien y es serio, se lo diré; mientras tanto, deberá conformarse con mis salidas.

Pasamos la tarde juntos, casi en silencio, frente a la pantalla del televisor. Les encantan tanto las series que hace poco decidí instalar varias plataformas para que puedan ver todas aquellas que deseen. Aún no saben controlar demasiado bien este tipo de cosas, las “modernidades” como ellos dicen, pero, poco a poco, van aprendiendo. Además, siempre estoy cerca cuando lo utilizan, así que en la mayoría de las ocasiones soy yo quien lo pone. Me he convertido en una especie de técnico de guardia para las cadenas de televisión.

En el fondo, aunque mi cuerpo está frente a la pantalla, mi mente se encuentra lejos de aquí. No consigo dejar de pensar en Sonia y Laura, en lo que había ocurrido en las últimas horas y en las decisiones que habíamos tomado. Pero, lo que más me sorprende es lo mucho que las echo de menos. Las extraño con una intensidad que me pilla totalmente desprevenida.

Impulsada por la nostalgia, deslizo los dedos por la pantalla del móvil y creo un chat en el que podamos comunicarnos de manera más habitual. No sé si les gustará o no la idea o si pensarán que las cosas van demasiado rápido. Por suerte, parece que les gusta y a los pocos minutos de hacerlo, ambas contestan:

Es una idea maravillosa,
Martina. Tienes razón,
será mucho más fácil y
cómodo para el día a día.
Laura, 19:44 pm

Sí, además, nos encanta
hablar contigo. Sería
perfecto poder hacerlo a
diario.
Sonia, 19:46 pm

Sonrío al leer los mensajes. Y parece que mi madre está más atenta a lo que hago que a las series, porque no duda en preguntar.

—¿Con quién hablas? —inquire, ladeando la cabeza.

—Con unas amigas —respondo sin más, tratando de zanjar la conversación cuanto antes.

—¿Son esas con las que saliste ayer? —la miro un segundo y vuelvo a la pantalla,

mientras pienso si contestarle o no.

—Sí.

¿Cuándo podré veros
de nuevo?

Yo, 19:50 pm

No quiero parecer desesperada, pero tampoco voy a ocultar que necesito verlas. La compañía de ambas me está dando algo que ni siquiera sé describir, pero que me hace muy feliz.

Cuando quieras, preciosa,
nuestra casa siempre está
abierta para ti.

Laura, 19:52 pm

Exacto. Además, queremos
hablar contigo con respecto
a todo lo que estamos
viviendo. ¡Tranquila! No es nada
de otro mundo. Queremos
sentar la base de esta relación,
por llamarla de alguna manera,
para que todo funcione bien.
Sonia, 19:55 pm

¡Claro! Lo entiendo
perfectamente, es muy
bueno que tengamos
esa conversación antes
de que todo vaya a más.

Yo, 19:57 pm

¿Por qué no te vienes a
cenar mañana? Hablaremos
tranquilamente.

Sonia, 20:00 pm

Sí, perfecto.

Allí estaré.

Yo, 20:02 pm

Por la noche, cuando al fin mi cuerpo descansa sobre el colchón, no puedo evitar sonreír. Me abrazo a la almohada como una niña pequeña. Lo pienso, en medio de toda esa oscuridad, y me doy cuenta de que debo sentirme afortunada. Puede que mucha gente, estoy segura de que la mayoría, no va a entender lo que estamos haciendo. Algunos ni siquiera lo respetarán. Pero lo que no ven es lo feliz que nos hace a nosotras, eso es lo único que les debería importar.

Yo soy la primera sorprendida de, en este momento, no ver mi futuro sin ellas dos en mi vida. Me resulta extraño, apenas ha pasado tiempo, es como un auténtico flechazo, pero con el corazón no se puede discutir. Quiere lo que quiere. Sin embargo, sé que si no están a mi lado, no seré tan dichosa.

La pantalla de mi teléfono móvil se ilumina. Lo cojo y debo bajar la iluminación para no dejarme la vista en el intento. Cuando mis ojos se acostumbran a esa claridad, observo dos nuevos mensajes en nuestro grupo *Regla de 3*. Uno de ellos es una foto que abro al instante; una imagen de ellas dos, tumbadas en la cama, abrazadas, mirándome. Justo debajo, el segundo mensaje: *Te echamos de menos*.

Mi corazón se encoge un poquito al leerlo. No sé qué decir, no sé qué contestar. Un simple: yo también, no es suficiente para lo que siento en estos instantes, no le haría justicia. Así que, decido enviar una foto. Me quedo en la misma posición, abrazada a la almohada, mirando de soslayo. No me gusta hacerme fotos, y tapando media cara me siento más cómoda. Además le da un toque más sexy, sobre todo en esa posición. La foto vuela hacia ellas en cuestión de segundos.

►Foto

Y yo a vosotras...

Yo, 22:35 pm

¡Perfecta!

Sonia, 22:36 pm

¡Preciosa!

Laura, 22:37 pm

Eso lo decís por
vosotras, ¿no?

En ese caso estoy
de acuerdo, jjjj
22:38 pm

Ese momento en el que leo: *Sonia está grabando audio*, mi cuerpo tiembla. Sé lo directa y sincera que es, todo lo bonito y profundo que puede llegar a salir por esa boca. Cuando lo envía, lo reproduzco al instante:

—Hablo en nombre de las dos cuando digo que eres una mujer increíble, en todos los aspectos. Tu físico y tu intelecto cada día nos atrae más y te lo vamos a decir cada día a partir de ahora si es necesario. Eres increíblemente bella, eso cualquiera lo diría. Pero no te preocupes, que si no te lo crees, ya estaré yo aquí para recordártelo y repetírtelo las veces que haga falta.

El audio finaliza con las sonrisas de ambas, esas que me llenan de vida y me hacen sentir la mujer más afortunada de este jodido mundo.

En momentos así, venero a la persona que inventó los *emojis*, una carita a punto de llorar y un corazón rojo es lo único que puedo enviar antes de limpiar las lágrimas que corren por mis mejillas.

—Joder —susurro sorprendida— ¿¡Cómo se puede sentir tanto en tan poco tiempo!?

Supongo que es la vida y su magia, esa que llega para revolucionarlo todo y para hacerte

más feliz. En este punto, no tengo nada que reprocharle al destino. Tengo a mi familia, aunque a veces mi madre me vuelva loca, mi trabajo, y ahora me ha dado a dos mujeres que me quieren y desean que forme parte de sus vidas.

Quizá pueda parecer poco, apenas tengo amigos cercanos, más bien son conocidos. Soy bastante solitaria en ese aspecto. Socializar no es lo mío, siempre ha sido un complejo rompecabezas para mí, pero tampoco lo busco, no me hace falta para ser feliz. Algunos se han marchado, otros no han querido quedarse tras conocerme. Yo tampoco les voy a obligar, cada uno es libre de hacer lo que quiera. ¡Faltaría más!

No obstante, llegado este momento, no. No puedo pedir más. No necesito más.

Tengo y valoro lo que quiero por encima del resto. Y, lo que es más importante, me hace tremendamente feliz. No cambiaría nada de mi vida.

Bueno, quizás sí, esa independencia y mi propio hogar, pero eso ya llegará. Todo a su tiempo.

Capítulo 7

Sonia

El timbre suena justo cuando estoy terminando de aliñar el bol de ensalada que he preparado para acompañar el pescado de la cena. Laura aún se está duchando, así que antes de abrir voy a avisarla. Abro la puerta del baño, asomo la cabeza y sonrío al verla completamente desnuda.

—No tardes, cariño, nuestra invitada acaba de llegar —grito.

—Estoy lista en menos de cinco minutos, amor —asegura, sonriendo a través del reflejo del espejo mientras se seca el pelo con una toalla.

Cierro la puerta y corro para dejar entrar a Martina, no quiero hacerla esperar demasiado. Al abrir la puerta, nuestras miradas se encuentran y sus ojos verdes parecen brillar más que nunca.

—Hola, preciosa. Pasa, por favor —me aparto y entra con calma. Cojo su mano para que se sienta cómoda y fluyan todos esos nervios que trae encima, y me acerco para dejar un beso en la comisura de sus labios. Al separarme, me clava la mirada, provocando que mi corazón lata un poco más rápido.

—Estás guapísima —susurra, mordiendo instintivamente su labio inferior.

—Gracias, tú también —digo risueña—. Vamos a la cocina, estaba terminando de cocinar cuando has llamado.

—¿Y Laura?

—Terminando de arreglarse. Es mucho más coqueta que yo —sonreímos—. Apenas tardo unos minutos en vestirme, ella, en cambio, puede tardar horas si se lo propone.

Su risa inunda el lugar por unos segundos.

—Bueno, yo soy de las tuyas. En menos de diez minutos puedo ducharme y vestirme.

—¡Bien! —añado divertida mientras levanto la mano con un gesto gracioso para que me choque, cosa que hace al segundo mientras reímos.

—Algo me dice que esas risas son a mi costa —la voz de Laura llama nuestra atención y nos giramos para mirarla.

—Martina es de mi *team*.

—¿De tu *team*? Aclárame eso —dice cruzando sus brazos sobre su pecho, haciéndose la indignada.

—Sí, no tarda horas en el baño, como tú —explico, mirándola directa con media sonrisa, al mismo tiempo que alzo las cejas. Este tipo de juego nos divierte demasiado.

—Oh, vale, supongo que debo darte la razón por esta vez —sonreímos—. Yo no salgo del baño hasta que me veo perfecta.

—No entiendo por qué tardas tanto, entonces —apunta Martina atrevida, me gusta este lado suyo.

—Lo mismo me pregunto yo —añado colocándome a su lado, mientras observamos cómo Laura comienza a ponerse nerviosa por nuestras miradas.

—Bueno, ¡vale ya! Parad esas miradas o se enfriará la comida —Martina y yo reímos al escucharla.

Vuelvo a mis labores como cocinera sin dejar de observarlas de reojo. Laura se acerca a

Martina, que le sonríe.

—¿Cómo ha ido tu día?

—Muy bien, aunque un poco largo —responde Martina.

—No somos las únicas que no hemos dejado de pensar en esta cena, ¿cierto? —pregunto buscando su mirada. Niega al momento, dejando escapar una sonrisa tímida que me derrite.

—Tenía muchas ganas de veros —habla mirándonos a ambas, baja la mirada cuando se sonroja—. Es tan extraño todo esto —se tapa la cara, creo que está a punto de llorar. La miro con ternura mientras Laura la abraza y la apoya sobre su hombro.

—Eh, tranquila, preciosa, es normal —le asegura, acunando su rostro entre las manos para que la mire—. Son muchos sentimientos y muy fuertes. Necesitas tiempo para controlarlos.

—Nosotras estamos igual —añado, acercándome a ella para acariciar su espalda—. Parecemos dos niñas de instituto, hormonadas perdidas —añado, consiguiendo que sonría con la broma—. Lo importante es que te sientas bien, que estés a gusto y que disfrutes de lo que estamos empezando a vivir juntas.

—Es así —susurra.

—Ay, ven aquí —Laura la envuelve en un abrazo y tira de mí para que me una a ellas.

No soy muy afectuosa en la mayoría de las ocasiones, por suerte, en algunas como esta en la que la persona lo necesita, ella está ahí para echarme un cable. No dudo en rodear a ambas con los brazos y dejar un beso en sus cabezas.

Cuando toda esa nube de nervios empieza a esfumarse, decidimos sentarnos a la mesa y cenar con tranquilidad. Hablamos de nuestros trabajos, de lo que hemos hecho a lo largo del día. Laura, trabaja en casa, en atención al cliente. Con su voz y su dulzura se camela casi al setenta por ciento de las personas con las que habla a diario. Es un trabajo muy difícil, pocas personas te escuchan al estar al otro lado del teléfono, y ella, en la mayoría de las ocasiones, lo consigue.

Yo, por el contrario, me paso el día entre números. Soy contable en un par de empresas de la ciudad. Por suerte, al igual que Laura, también puedo trabajar desde casa y solo asisto a la oficina cuando es imprescindible.

—Tenéis mucha suerte de poder trabajar desde casa y más en estos tiempos, que es más sencillo. Yo soy asistente personal, me paso el día asesorando y orientando a los directivos de la empresa. Entre llamadas, papeles, gestiones, recados y planificaciones se me va la mañana. Muchas veces pienso cómo puedo llegar viva a casa —admite encogiéndose de hombros y reímos al escucharla.

—Tiene mucho mérito. Hay que tener mucha cabeza y memoria para hacerlo —dice Laura—. En eso os parecéis mucho. Sonia con los números y tú con toda la asesoría.

—Bueno, poco a poco la mente se adecúa a la persona, a lo que necesitan las que tienes a tu alrededor —reflexiona Martina—. Al menos yo lo he vivido así. Estoy ahí para cualquier trabajador y, siempre que puedo, doy mi mano para sacar todo adelante. La verdad es que me gusta mucho, aunque haya épocas en las que acabo agotada. Pero todo es parte del trabajo. Supongo que a ti con los números te pasará igual —asiento—. Y tú, debes tener una gran habilidad, que no te cuelguen el teléfono ya es un logro —agrega, dirigiéndose a Laura.

—En eso tiene razón —añado.

—Es complicado, eso es cierto. Pero opino igual que tú, si algo te gusta y le pones ganas, al final tu cuerpo y tu cabeza se adaptan, y llegamos a hacer cosas que ni siquiera nos

hubiésemos imaginado.

—Así es.

Nos envuelven unos segundos de silencio. Reflexión, podríamos llamarlo. Unos segundos que terminan poco más tarde. Martina se observa las manos, apoya los codos en la mesa y nos mira fijamente.

—Hay algo que me gustaría comentar con vosotras, si me permitís cambiar de tema. No quiero irme esta noche de aquí sin tenerlo claro.

—Estamos aquí para eso —digo.

Laura y yo adoptamos la misma postura, acercándonos un poco más a ella. Martina hace una pausa, como si estuviese eligiendo bien las palabras antes de decirlas.

—Como pareja, como matrimonio, tenéis unos valores, ciertas reglas por llamarlas de algún modo, que supongo que mantenéis desde que empezasteis a salir. Yo jamás he tenido una relación seria con una persona y no quiero llegar y estropear o malear esa pareja tan bonita que formáis. Es algo que no me perdonaría. Creo que sería bueno, vistos los pasos que estamos dando, que me comunicéis esas bases, esos valores, esas reglas. Que formemos las nuestras propias, no sé... La verdad es que no estoy segura de si es bueno tener nuestros propios acuerdos en base a esta... a esta relación, que de algún modo estamos creando.

—¿Qué os parece si recogemos esto y hablamos más tranquilas en el salón? —propongo.

La conversación que vamos a tener será la que sienta las bases de la relación que se está formando entre nosotras tres. Debo admitir que ese pequeño miedo de que algo no funcione está ahí, lo está para todas y cada una de nosotras. Aun así, todas estamos preparadas y tenemos ganas de conversar al respecto para asegurarnos de que funcione. Creo que llegará a buen puerto, algo me dice que será así.

Capítulo 8

Laura

Nos sentamos las tres en el mismo sillón. Sonia se acomoda y me hace una seña para que me siente en su regazo, rodeándome la cintura con sus brazos cuando lo hago. Martina se queda justo al lado, observándonos atentamente. Necesitamos sentirnos cerca y más aún durante esta conversación.

—Antes de nada —empieza Sonia— debes saber que a partir de este momento, esa etapa de relación abierta ha llegado a su fin. No volveremos a quedar con ninguna otra chica que no seas tú, ¿de acuerdo?

Martina asiente en silencio, no hacía falta aclararlo, pero siempre es mejor hacerlo.

—En toda relación existen ciertas reglas y valores —continúa—. Cada pareja es un mundo diferente. Nosotras, en nuestro caso, centramos nuestra relación en una alta comunicación y respeto. No hay nada que no hablemos, no hay nada que nos dejemos atrás, ni siquiera lo malo. Es mejor decir las cosas y dejarlas claras, exteriorizarlo, en lugar de guardar secretos y mentiras que luego pueden derivar en discusiones. Eso no nos gusta.

—La confianza es clave —sigue Sonia—. Es un pilar sobre el que hemos trabajado durante toda nuestra relación. Ha llegado a tal nivel que hemos decidido abrir la pareja y divertirnos por separado. Incluso si hemos sentido algo más que atracción, lo hemos hablado. Por ejemplo, cuando tuvimos nuestra cita, sentí por ti mucho más que una atracción, me pareciste algo más que bonita; especial, diferente —Martina sonríe con timidez y aparta la mirada.

—No tardó ni dos minutos en contármelo al llegar a casa —continúa—. Y es normal, no somos de piedra, tenemos ojos en la cara. No obstante, hay ciertos límites que ambas tenemos claro. En nuestro caso lo hablamos y entendimos que fue algo puntual y que no pasaba nada. Yo confiaba y confío plenamente en ella y supe que no pasaría nada.

—Por eso te fuiste tan rápido esa noche —suspira entonces Martina, mirando a Sonia—. Ahora lo comprendo.

—Sí, y lo siento. Sabía que te sentaría mal, pero no podía quedarme.

—Y ahora lo entiendo, no pasa nada, tranquila.

—Ella también se quedó tocada por ti —añado, recordando la conversación de nuestra cita—. Cuando llegó a nuestra cena me confesó que casi la suspende porque no se había olvidado de esa chica. No lograba sacarte de su mente.

—Sí, es verdad. Como tú dices, fue algo más que una simple atracción física. De hecho, y para ser completamente sincera, la primera vez que salí después de estar con Sonia, fue contigo. Me costó mucho decidirme, pero necesitaba despejar mi mente, así que acepté.

—Buena decisión —apunta Sonia con gracia, todas sonreímos—. Comunicación, respeto, confianza y, uno de los puntos más importantes: responsabilidad afectiva. Hay que ser muy consciente de lo que queremos a nivel individual, pero también de lo que necesita la persona que tienes enfrente y, por supuesto, tenerlo en cuenta.

—Y dentro de toda esa comunicación y responsabilidad, por supuesto, el respeto, el cuidado mutuo son fundamentales...

—Creo, y esto como opinión personal —Sonia y yo intercambiamos una rápida mirada y

sonreímos— que debéis ser la envidia de muchas parejas. Porque esto que tenéis, lo que habéis formado durante estos años, no lo consiguen la mayoría de ellas. Y es realmente increíble. Que ahora queráis que forme parte de ello, incluso me parece un lujo. Y por eso quiero que estéis seguras de ello. Yo deseo hacerlo, me gustaría intentarlo, lo que siento por vosotras es muy fuerte. Pero prefiero que lo tengáis claro de verdad. Abrirle las puertas a una tercera persona es un gran paso.

—Un paso que estamos decididas a dar —asegura Sonia—. Te hemos conocido en una situación peculiar. Creo incluso que en referencia al ámbito sexual, poco tenemos que hablar. Pero, a nivel sentimental, ha sido una bomba. Todas tenemos ese pequeño miedo de que no funcione, pequeñas dudas, sin embargo, no perdemos nada por intentarlo. Yo no quiero quedarme con las ganas, pensando qué habría pasado si...

—Yo tampoco.

—Ni yo —apunta Martina.

—Y creo, corregirme si me equivoco —digo entonces— que un buen punto para funcionar como trije sería seguir conociéndonos día a día. Pasar más tiempo juntas. Esto es algo que a nosotras nos encantaría.

—Claro, es el primer paso —coincide Martina.

—Quizás podríamos probar con algunos días de convivencia en común —propongo— quedarte a dormir en casa en varias ocasiones...

—Durante el fin de semana podemos irnos de la ciudad, a un sitio más tranquilo y disfrutar de nuestra compañía —propone Sonia—. Solo si tú estás de acuerdo, no queremos obligarte a nada.

—¡No! Todos esos planes... suenan maravillosamente bien, y me encantaría —responde Martina con una preciosa sonrisa.

Conforme avanza la conversación, el vínculo entre las tres se hace cada vez más fuerte. Tanto es así, que llegamos al ámbito sexual y decidimos hablar sobre él.

—Aquí las reglas debemos ponerlas las tres —dice en primera instancia, Sonia—. Nosotras tampoco hemos tenido una relación similar, así que partimos de cero.

—Al nivel individual —comenta Martina—. Está claro que entre vosotras os entendéis bien, y conmigo, pues supongo que también. El punto está en hacerlo las tres juntas, pero esto lo descubriremos llegado el caso.

—Exacto. Partiendo de ahí, también se puede dar el caso de parejas como ya ha ocurrido. El único cambio es que la tercera persona debería, o al menos eso es lo que yo pienso —aporta Sonia— debería saberlo. Incluso puede estar delante o en la misma casa cuando ocurra.

—Sí, eso me parece bien —apunto.

—A mí también.

—A mí, por favor —pide entonces Sonia con una sonrisa pícaro— espero que me dejéis mirar la próxima vez.

Martina y yo reímos, ella incluso se ha sonrojado, no se esperaba esto por parte de Sonia.

—Jamás lo he hecho con nadie mirándome —aporta Martina—. Pero nunca es demasiado tarde.

—¿Y si nos da el calentón y no estás? —bromeo para provocarla.

—Pues me llamáis —bromea—. O en caso contrario, seréis castigadas.

Martina y yo no podemos dejar de reír con ella. Cada ocurrencia es mejor que la anterior. Después de varios minutos, y con todo bien aclarado, Sonia y yo nos atrevemos a dar un

paso más. De hecho, yo soy la primera que lo hace. Tiro de Martina con suavidad para que esté mucho más cerca. Termina apoyada sobre Sonia, quedamos tan unidas que me lanzo a sus labios y nos besamos durante los siguientes minutos.

Cuando nos separamos, es Sonia la que busca su boca y justo después la mía. La noche termina un poco más especial si cabe.

Una simple caricia, sentir el calor de la piel, el sonido de los besos y esos gemidos ahogados en nuestras gargantas dan paso a este nuevo inicio. Nos gusta, nos encanta y vamos a aprovechar cada minuto que tengamos para ahondar y crecer en la relación. Es lo que queremos y es lo que vamos a hacer.

Capítulo 9

Sonia

Observar sus besos me excita demasiado. La sensualidad que desprenden ambas durante ese intercambio provoca en mí un calor que irradia desde la cabeza a los dedos de los pies. Cada roce, cada caricia, cada gemido ahogado, enciende un fuego dentro de mí que amenaza con consumirme. De pronto, el hechizo se rompe cuando suena el teléfono de Martina. Entorna los ojos al mirar la pantalla, disculpándose:

—No me lo puedo creer —suspira y lo coge muy a su pesar y al nuestro— Mamá...

No puedo evitar bufar, haciendo sonreír a Laura y a Martina.

—Te dije que llegaría tarde... Espera —toca sus bolsillos y al no encontrar nada va hacia su bolso—. Oh, joder, sí, son las mías. Me las olvidé. Sí, sí, en menos de media hora estoy ahí —agrega.

Cuelga y nos mira, mordiéndose el labio culpable.

—Lo siento, de verdad, prometo que os compensaré por esto.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Sí, olvidé mis llaves —dice al mismo tiempo que se da un pequeño golpe en la frente con la mano—. Debo irme. ¿Y tú? ¿Estás bien? —inquieta con media sonrisa mientras se acerca.

—Pues no, y tienes razón, exijo compensación —bromeo antes de besarla, ríe al sentir el calor de mi cuerpo.

—¿Tú qué dices, Laura?

—Sí, pensaremos en algo —responde antes de besarse con Martina. A este paso terminarán matándome.

—Yo tengo que irme, pero ¿me haces un favor? —le comenta a Laura.

—Claro.

Se acerca a su oído y le susurra algo inaudible para mí, cosa que me molesta y me excita al mismo tiempo. Laura sonríe y se muerde el labio inferior con una sonrisa de complicidad.

—Eso está hecho, preciosa.

Ambas se dirigen a la puerta y me dejan cual pasmarote, esperando saber qué es eso que le ha pedido. Se giran y ríen al ver mi cara de tonta.

—¡Adiós, bombón! Disfruta mucho —exclama antes de despedirse con la mano y cruzar la puerta.

—¿Disfrutar? —le pregunto a Laura que, tras cerrar la puerta, llega a mi encuentro.

—Ahá —me besa y sus manos recorren mi cintura hasta posarse en mi entrepierna— Tengo que cumplir con mi favor —ronronea.

Mi boca se abre sorprendida cuando su mano se cuela por mi pantalón.

—No me digas que...

—Oh, sí, le debes algo muy grande a Martina —sonreímos—. Cierro los ojos y me dejo llevar, sintiendo que incluso en su ausencia, ella sigue presente a través de las manos de Laura.

—Joder...

Nunca, jamás, a mis 32 años, me había sentido tan excitada como en este momento.

Martina

Sé que dejo a ambas con todo el calentón. Y lo sé porque yo me voy igual. El calor de sus cuerpos sigue grabado en mi piel cuando llego a casa, lamentándome por lo sucedido. Lo único que tengo claro es que no se me volverán a olvidar las llaves. Por suerte es mi padre quien espera para abrirme.

—Lo siento —susurro nada más entrar.

—Tranquila hija, no pasa nada. No tienes que darme explicaciones.

—Pero mamá...

—Ya sabes cómo es tu madre, y su enfermedad no lo hace fácil.

—Lo sé... Escucha, debo pedirte un favor.

—Claro.

—A lo largo de la semana, lo más seguro es que no duerma en casa varias noches —le explico.

Sus ojos se iluminan de alegría.

—¿Estás conociendo a alguien? —pregunta con ilusión.

—Sí, se podría decir que sí —admito ligeramente ruborizada—. Queremos pasar más tiempo juntas y...

—Vale, vale, no hace falta que digas nada —me interrumpe—. Es lo más normal. Te ayudaré con mamá, no te preocupes.

Le abrazo nada más escucharle y suspiro tranquila. Él es lo más grande que tengo, siempre ha sido así. Tenemos una relación muy cercana, una gran confianza. Siempre ha estado ahí, y sé que siempre estará si le necesito. Todo lo contrario que con mi madre. No nos llevamos mal, pero nunca hemos tenido la misma complicidad.

Me quito la ropa y me tumbo en la cama. Cojo el móvil, ha vibrado mientras hablaba con mi padre, y al revisarlo compruebo que es un mensaje de las chicas.

¿Llegaste?

Laura, 0:32 am

¡Sí, todo bien!
Me recibió mi padre,
sabe que pasaré
algunas noches fuera
y está muy contento.
Creo que le caeríais
muy bien.
Yo, 0:35 am

¡Qué bueno! ¿Cuándo
quieres venirte?

Laura, 0:37 am

Cuando vosotras me
digáis, no quiero llegar
de sorpresa.
Yo, 0:38 am

Mañana mismo puedes

instalarte Martina, si te
apetece ven después del
trabajo y nos organizamos.
Laura, 0:40 am.

Perfecto.
¿Sonia cayó en combate?
Yo, 0:42 am

No puedo evitar reír al recordar su cara antes de marcharme. Sé que Laura ha cumplido con ese favor.

►Foto
Quedó agotada ♥
Laura, 0:44 am

En esa imagen, Sonia está completamente abrazada al cuerpo de Laura, descansando sobre su pecho. Sonrío, soy feliz, verlas me hace feliz.

Preciosas.
Pasad buena noche,
mañana os veo.
Yo, 0:45 am

**

Llego del trabajo agotada, pero hacer la maleta para pasar estos primeros días con las chicas me renueva. Elijo varias mudas, algún pijama y ropa cómoda. No me dejo atrás el ordenador y todo aquello que me haga falta para el trabajo.

—Ya me ha dicho tu padre que estarás unos días fuera —la voz pausada de mi madre llama mi atención.

—Sí, así es. Me vendrá bien estar unos días en compañía de mis amigas.

—Quiero pedirte perdón —no es hasta ese momento cuando la miro—. Sé que he estado un poco nerviosa estos días, y quizás he pagado mi frustración contigo. Lo siento hija.

—Tranquila, no te preocupes.

—He hablado con mi médico esta mañana, tendré una revisión en unos días —anuncia, acariciando mi brazo izquierdo mientras habla.

—¿Te va a dar el diagnóstico?

—Es lo más seguro.

—Lláname en cuanto lo sepas, por favor.

—Lo haré —me aseguro, esbozando una sonrisa en sus labios.

Sonrío y me acerco para abrazarla.

—Yo también siento si en alguna ocasión mis respuestas son demasiado egoístas o directas. Todo esto me está afectando y a veces soy incapaz de controlarlo.

—No pasa nada, cariño, esto nos afecta a todos. Pero sabemos cómo llevarlo y lo haremos lo mejor que sepamos —asiento con una sonrisa.

Desde que los problemas de memoria y los cambios de humor llegaron a su vida, todo ha sido más complicado. Hay épocas en las que no nos soportamos, otras en las que estamos

muy unidas. Es una montaña rusa de emociones difícil de llevar. Pero me quedo tranquila sabiendo que, en este momento, es ella la que habla y no su enfermedad. Puedo irme sin sufrir, al menos hasta que su doctor le dé el diagnóstico definitivo. Ese que inevitablemente ya sabemos y al que nos tendremos que enfrentar muy pronto.

Me temo que el alzhéimer ha llegado para quedarse, avanza con rapidez. Aun así, haremos todo lo que esté en nuestras manos para llevarlo lo mejor posible. Sobre todo ella, que pase este proceso feliz y contenta es lo que más me importa ahora mismo.

Capítulo 10

Martina

Llego a casa de las chicas sobre las cinco y media de la tarde. Los problemas y la enfermedad de mi madre hacen que, inevitablemente, lo piense todo demasiado. Tanto que me quedo en el asiento del conductor mirando el volante, apretando las manos hasta que los nudillos se me quedan blancos, eclipsada en él. Un par de golpes en el cristal hacen que pegue un respingón y me lleve una mano al corazón. Al mirar, suelto todo ese aire que he cogido de golpe. Es Sonia. Da un paso para atrás y abro la puerta, tardo medio segundo en bajarme.

—¡Me has dado un susto de muerte! —le aseguro.

—Ya veo, preciosa —dice colocando una de sus manos sobre la mía que sigue aún en mi pecho—. ¿Estás bien? Te he notado muy distraída.

—En otro mundo, más bien —apunto avergonzada. Me mira para saber más—. Mi madre. No... no está bien y... no sé dónde nos llevará todo esto.

—Vamos dentro y lo hablamos con tranquilidad —propone, haciendo una seña con la cabeza.

Abro el maletero y bajo la maleta. Ella me ayuda con una bolsa de deporte en la que he guardado los zapatos. Laura nos recibe con una sonrisa reconfortante, besa a Sonia, que prácticamente estaba llegando del trabajo cuando me ha visto, y después se acerca a mí. Sonríe, pero nota la tristeza en mis ojos.

Al momento, nos sentamos en el sillón, como hicimos en la noche anterior. Lo único que cambia es que estoy sentada entre ellas. Me abrazan, transmitiendo amor en cada caricia mientras escuchan mis problemas, para calmarme y hacerme sentir mejor.

—Sabemos que es Alzheimer, está muy claro, pero tener el diagnóstico lo hace real —les explico, mordiendo el labio inferior en un gesto de sufrimiento—. Ya ha empezado a tomar la medicación, sin embargo, su cuerpo necesita tiempo. El doctor nos aseguró que en pocas semanas su efecto se empezaría a notar.

—En temas tan complejos como este, lo más importante es que estéis a su lado, apoyándola. Entiendo que los enfados y problemas que tenéis es por esto —dice Sonia.

—Sí, yo... pierdo los papeles algunas veces. Su humor no me lo pone fácil. No soy de piedra y... —estoy a punto de llorar, avergonzada, me tapo la cara para evitar que me vean.

—Tranquila, tranquila —Laura me abraza con más fuerza—. Es normal, tus sentimientos también están a flor de piel. Poco a poco todo se calmará, ya lo verás... —asegura con un suave beso en la mejilla.

—Ojalá —suspiro.

Los minutos y las horas van pasando, por suerte las tengo a mi lado cada ratito, en cada momento que ese dolor vuelve y me hace llorar. Tengo mucho miedo por mi madre y no sé cómo gestionarlo en estos instantes.

Me ayudan a acomodar mis cosas junto a las suyas. Son dos mujeres tan, pero tan bonitas. Ni siquiera sé qué he hecho para merecerlas.

—Bueno, cuéntame —miro a Sonia con media sonrisa—. Un pajarillo bien mono me dijo que lo pasaste muy bien anoche —añado con un guiño de ojo y sonrío nada más

escucharme.

—Es que ese pajarillo sabe muy bien lo que hace, pero estuvo bien enseñada por una bella flor —ahora soy yo quien se sonroja—. Te debo una, preciosa.

Se acerca y, por primera vez en las últimas horas, me besa.

—No me debes nada, tonta. Qué menos después de cómo me marché. Soy yo la que le debe el favor a Laura.

—Pues con unos besos y unos mimitos me conformo —apunta con voz de niña, haciéndome sonreír.

—Eso está hecho —digo al mismo tiempo que me levanto y, atrevida, me siento sobre sus piernas.

Sus brazos me rodean con rapidez y nos besamos sin perder un segundo. Se deja caer hacia atrás, momento en el que nos separamos y nos miramos intensamente. Las dos giramos la cabeza al mismo tiempo en busca de Sonia que, para nuestra sorpresa, se ha sentado y nos observa con media sonrisa.

—Si paráis ahora, pienso mataros —suelta alzando las cejas. Reímos y volvemos a nuestro cometido.

Nuestras bocas se encuentran de nuevo, nuestros labios danzan con calma y sin querer parar. La piel empieza a arder, toda la ropa que nos rodea sobra. Me incorporo, quedando sentada sobre su cintura, para sacarme la camiseta. Sus manos recorren mis piernas y suben por mi abdomen hasta llegar al pecho, acariciándolo con suavidad. Vuelvo a bajar en busca de contacto, lo necesito, pero no es Laura quien me lo da. Sus manos rodean mi cuello y es una tercera persona la que acaricia mi centro desde atrás. Gimo en los labios de Laura al sentirla.

—Joder —susurro cuando sus dedos presionan mi sexo.

Sonia tira de mí, me da la vuelta y me sienta. Veo cómo mis pantalones desaparecen en milésimas de segundo. Con un pequeño alzamiento de cejas por su parte, yo vuelvo a mi posición anterior. Laura también se los ha quitado y ese ardiente contacto nos hace gemir de nuevo. Mis labios vuelan a su cuello, besándolo y lamiéndolo a mi antojo hasta que llego a su oído.

—Es hora de devolverte el favor —susurro y un pequeño temblor la recorre de punta a punta cuando la empujo y se queda boca arriba.

Aprovecho para bajarme de sus piernas, deshacerme de la poca ropa que me queda y de buscar su entrepierna con rapidez. Vuelvo a quedarme de rodillas entre sus piernas y casi se me aflojan al sentir de nuevo la mano de Sonia en mis caderas, bajando lentamente hasta encontrar su lugar. Si pretende matarme, lo está consiguiendo.

El juego, el placer, el calor, el amor llegan para quedarse durante bastante rato. Tanto es así que perdemos la noción del tiempo. Más en mi caso que, tras recibir dos maravillosos orgasmos de esas manos tan brillantes de Sonia, al mismo tiempo que le proporcionaba otro a Laura, me quedo dormida.

Al despertar, escucho a ambas en el baño, hablan mientras se acompañan en una relajante ducha. Durante esos minutos, me quedo en el centro de la cama, mirando a la nada y pensando en todo lo que ha ocurrido.

Cada caricia, cada beso, todo ese placer que me han hecho sentir con tan poco... Nunca me había pasado algo similar, ni por asomo.

Salen del baño envueltas en un albornoz. Las observo llegar y sonrío cuando se acercan y se tumban a mi lado. Sonia acuna mi cara para besarme y, acto seguido, lo hace Laura.

—Pensé que ibas a quedarte mirando —digo descarada y directa.

—Eso pretendía —apunta antes de besarme de nuevo—. Pero quería hacértelo al mismo tiempo que tú a ella —sonríó y humedezco los labios, las imágenes llegan a mi mente con rapidez. Demasiado reales.

—A mí me encanta que lo hayas hecho —anuncia Laura—. Creo que ha sido espectacular. ¡Eso sí! —Sonia y yo la miramos con atención, con un breve gesto me pide que me gire y lo hago, presa de la curiosidad—. Este culo es todo mío —agrega.

Rio cuando me muerde, dejando una pequeña señal, literalmente ha marcado su territorio.

—Yo tengo otras preferencias, amor —anuncia Sonia, abriendo su albornoz y acariciando su pecho, gesto que me pone bastante.

Y el juego, de nuevo, comienza a arder. Por mucho que intentamos evitarlo o dejarlo correr, el placer se ha hecho dueño de nuestros cuerpos. Y no lo vamos a desaprovechar.

Dormir, lo que se dice dormir, no se hace esa noche.

Capítulo 11

Laura

Los primeros días de convivencia son perfectos. Poco a poco, nos hemos complementado muy bien. Y, aunque a todas nos resulta aún extraño estar viviendo juntas, porque que es una situación completamente nueva, lo cierto es que estamos muy bien.

En esta tarde del jueves, las tres trabajamos en nuestros respectivos ordenadores. Estábamos teniendo una jornada intensa, así que decidimos seguir un poco más para aprovechar bien el día. Martina está al teléfono, lleva más de hora y media hablando con su jefe, organizándole el papeleo y algunas otras cosas que la tenían bastante agobiada. Por otro lado, Sonia está bastante descompuesta, lleva un buen rato intentando sacar unas cuentas y no le ve el fin.

—¡Joder, joder, esto no está bien! —exclama Sonia cabreada.

—Tómate un respiro, amor, sabes que si te agobias no sacas nada —apunto, acercándome y masajeando sus hombros. Pero rechaza mi gesto, apartándose. Cuando se enfada puede llegar a ser bastante insoportable.

Martina me mira, es consciente de lo que acaba de ocurrir, aunque sigue hablando y organizando papeles. En una milésima de segundo, no sé aún cómo pasa, Sonia se levanta con fuerza. Tanta que los vasos se derraman sobre la mesa, empapando todo el papeleo que Martina estaba preparando.

—¡No! —grita Martina— No, no, no, no, joder Sonia, ten más cuidado. Mira lo que has hecho.

—No, si la culpa va a ser mía de que tengas todo desperdigado por la mesa —protesta, entornando los ojos.

—¡Es que eres tú la que ha derramado toda el agua! Joder... Sergio, sí, perdona, he tenido un accidente. Todo está tal y como me has pedido. Editaré lo hablado y te lo mandaré a primera hora mañana. Sí, y lo siento por alzar la voz, gracias y disculpa —cuelga y mira a Sonia—. Puedo entender que estés agobiada, enfadada, o lo que sea, pero eso no te da derecho a joder todo mi trabajo, ¿lo entiendes? —protesta.

—Mira, chica, déjame en paz —contesta Sonia, haciendo un gesto de desdén con la mano.

—¡Sonia! —exclamo.

Me mira y en ese instante comprende que se ha excedido. Busca la mirada de Martina, que se ha vuelto oscura y húmeda. Cierra el ordenador, recoge todos los papeles que se han salvado y los que no, los tira a la papelera. Cuando Sonia pretende acercarse, Martina le aparta las manos. Está enfadada, mucho.

—Lo siento Martina, yo...

—Ahora vas a ser tú la que me va a dejar en paz a mí —le suelta antes de irse. Deja el ordenador en una de las sillas y se marcha de casa, dejándonos a solas.

Me cruzo de brazos ante su atenta mirada. Se nota que está arrepentida por lo que ha hecho, pero se ha pasado.

—Sé que estás en una semana complicada de trabajo, pero nosotras solo estamos aquí para ayudarte. Lo que has hecho y dicho está muy feo —me quejo.

—Lo siento mucho, de verdad —se lamenta mientras se deja caer en la silla— tienes razón, no tengo excusa.

—¿Por qué no dejas eso? Creo que ya has tenido suficiente por hoy —propongo.

—Sí... ¿Debería ir a buscarla?

—Deberías, pero en un rato. Dale espacio, no creo que quiera hablar contigo ahora mismo —asiente y mira de nuevo los papeles—. ¿Qué hay en esos números que te tiene tan histérica?

—Esta mañana hemos descubierto un error en las cuentas, nada de lo que hemos hecho en este mes está bien. Así que debo hacer el trabajo de todo el mes esta semana —me mira seria—. Tendréis que ir os solas el fin de semana —añade, bajando el tono de voz.

—¿Qué? No... No quiero dejarte sola todo el fin de semana.

—Necesito esas horas, Laura, y no quiero que os quedéis sin disfrutar de esa casita en el monte, y menos ahora que ya está todo planificado.

—¿Estás segura?

—Sí, por supuesto —responde antes de acercarse para darme un beso.

Sonia

Dejo pasar algo más de una hora y decido salir en busca de Martina. Los rayos del sol están dando los últimos coletazos del día y me preocupa que no vuelva con nosotras. Al salir, la encuentro delante de la casa, mirando el atardecer mientras se abraza a sí misma en un intento por consolarse. Cierro la puerta y camino hasta ella, me coloco justo a su lado y disfruto de ese momento durante unos segundos.

—Lo siento mucho, Martina. Tú no tienes la culpa de mi estrés, ni de nada. Lo he pagado contigo y no era lo que quería. Y siento lo del agua también. Te prometo que no suelo ser así, de verdad —le aseguro.

—Los papeles me importan una mierda, Sonia. Es tu reacción lo que no me ha gustado —espeta, negando con la cabeza enfadada.

—Lo sé, y me disculpo por ello. Perdóname, por favor —esta vez sí la miro, y busco su mirada. Mis manos tocan sus mejillas y la acarician.

Ella cierra los ojos al sentir mis manos, acariciándola con calma. Sonríe y aprovecho la oportunidad para acercarme y dejar un pequeño beso en sus labios, un beso que le hace sonreír.

—Estás perdonada —dice al separarnos—. Y, por favor, cualquier cosa que necesites, todo lo que pueda hacer para ayudarte, dímelo. Ya sabes que tengo experiencia.

—Se me olvida que tengo delante a la mejor asistente de toda la ciudad —sonreímos—. Tranquila, de momento me apaño. Pero me quedaré este fin de semana en casa para poder terminar todo a tiempo.

—¿Suspenderemos el viaje entonces? —pregunta extrañada.

—No, de eso nada. Esa reserva no se puede anular y estoy segura de que Laura y tú disfrutaréis mucho de esos días. Ya habrá más ocasiones en las que estaremos las tres juntas.

—¿Estás segura? —insiste, alzando las cejas.

—Mucho, preciosa —susurro.

Nos besamos antes de abrazarnos y entrar. La rodeo con uno de mis brazos por los hombros y entramos de nuevo en casa. Laura nos mira atenta, sonríe cuando ambas lo hacemos. Se acerca y la abrazamos.

—No volverá a pasar, os lo prometo —suspiro antes de que el abrazo termine.

—Quiere que nos vayamos sin ella el fin de semana —dice Martina, mirando a Laura fijamente, como si estuviese esperando su reacción.

—Sí, me lo ha dicho.

—No voy a dejar que perdáis el fin de semana por culpa de mi trabajo. Vosotras también necesitáis descansar. Y no insistáis, no voy a aceptar un no por respuesta.

—Está bien, cariño —Laura se acerca y me besa—. Lo haremos así.

—Siempre y cuando nos prometas que te cuidarás y no te pasarás el día y la noche entre esos papeles —le recuerdo.

—Solo los días —apunto de broma, haciéndolas reír—. Mis noches son para vosotras.

Ambas se miran y sonríen, eso suena demasiado bien.

Capítulo 12

Martina

Se me dibuja una sonrisa tonta en los labios mientras dejo las maletas en el coche, quedan pocos minutos para marcharnos. He podido hablar con mi padre esta mañana. Aproveché para contarle la pequeña excursión al monte, y anunciarle que no tendré cobertura para hablar con ellos. No me gusta mentirles así, pero es lo mejor, sobre todo, porque me las he apañado para que vayan a visitar a la hermana pequeña de mi madre y no quiero que estén llamándome cada dos por tres. Sé que estos días, con mi tía y mis primos, estará cuidada y de mejor humor. Para evitar algún contratiempo, decido poner el móvil en modo avión. Quien quiera hablar conmigo, tendrá que esperar hasta el lunes.

Me apoyo en el coche y miro hacia la casa. Laura y Sonia me observan con una sonrisa. Cada día me ponen más nerviosa, tanto que aparto la mirada y ambas ríen, momento que aprovecho para acercarme.

—¿Qué tramáis? —pregunto, mirándolas con los ojos achinados.

—Nada, preciosa, nos encanta mirarte y provocarte un poco, nada más —se apresura a explicar Laura, acercándose a mí para dejar un beso en mi mejilla—. ¿Nos vamos? —propone haciendo un gesto con la cabeza.

—Cuando quieras.

—No os iréis así sin más, ¿no?

Sonia está apoyada en la puerta con una sonrisa picarona que nos hace temblar a Laura y a mí. Ella es la primera que da el paso, se acerca y la besa con pasión durante unos segundos, los suficientes hasta que llega a su límite. Sabe que, de no parar, no nos iríamos.

En cuanto termina con ella me mira, sus ojos irradian fuego. Me acerco a ella y, por el contrario, la beso con calma. Uniendo su cuerpo al mío por las caderas. Esta vez es ella la que lo corta, en cuanto mi mano ha subido por su espalda, ha comenzado a temblar.

—Joder —susurra aún pegada a mis labios.

—A ver ahora cómo aguantas hasta el domingo, bombón —agrego con un guiño de ojo.

La provoco con la mirada mientras cojo de la mano a Laura y tiro de ella hasta el coche, ambas nos vamos riendo bajo la atenta mirada y la sensual sonrisa de Sonia. Sabe que se ha buscado esto y no piensa discutirlo.

Laura

Llegamos a la casa del monte a media mañana. Por suerte, hemos salido temprano y solo había tráfico en el centro de la ciudad. Nada más salir, el trayecto ha sido sencillo y rápido. Martina puso la dirección en el GPS del coche y lo ha seguido sin perder un segundo. Hemos hablado de Sonia, de lo que nos hace sentir y de cómo vamos a compensarle por estos días. Este fin de semana era para disfrutarlo las tres juntas y no ha podido ser.

Nada más entrar, el ambiente y el olor al bosque nos reconforta. Ambas inspiramos con fuerza en cuanto nos bajamos del coche. Nos encanta. Entramos en la casa y el chico que nos esperaba con las llaves se marcha tras explicarnos algunos cometidos sobre la casa y la zona.

—¿Venís mucho por aquí? Es una pasada —exclama Martina mirando a su alrededor.

—De vez en cuando, sí, cuando queremos desconectar —explico mientras me pongo a su espalda y la abrazo, rodeando su cintura—. Ven, vamos a colocar nuestras cosas y salimos a comprar algo.

—¿Seguro que a Sonia no le importa que duerma contigo cuando no está? —pregunta nada más llegar a la puerta de la habitación, me giro y veo que se ha quedado justo al límite—. No quiero que tengáis alguna discusión por mi culpa...

—Cariño, si ella estuviera aquí, en mi lugar, también querría dormir contigo. Y a mí no me importaría. Sabe que vamos a dormir juntas, sabe que en algún momento podemos tener sexo. Y no pasará nada. Esto quedó muy claro desde el primer momento —aseguro guardando su cara entre mis manos, sin poder evitarlo la beso suavemente en los labios—. Además, sé que le encantará mirar y poder aliviar toda esa tensión, aunque sea a través de la pantalla.

Ambas sonreímos. Tiene razón. Todo esto se ha hablado antes de venir, aunque mi pequeño temor sigue estando ahí. No quiero que la preciosa pareja que forman se pueda romper por mi presencia, y es algo que tengo en mente todo el tiempo. De ahí mis dudas.

**

Por la noche, después de pasar todo el día caminando por la zona y tras una copiosa cena para recuperar fuerzas, nos tumbamos en la cama. Martina está leyendo un libro, así que me tumbo sobre ella y quedo apoyada en su pecho mientras miro el móvil. Decido llamar a Sonia antes de que se haga más tarde, ha estado trabajando todo el día y espero que lo haya dejado ya. Cuando descuelga, puedo observar que está en el salón, terminando la cena.

—Hola, preciosa.

—Hola, mi ángel —Martina en ese momento mira a cámara.

—Hola, enana.

—Hola, bombón —responde con una sonrisa cargada de picardía—. ¿Cómo ha ido tu día?

—Agotador —admite, dejando escapar un largo soplo—. Lo dejé hace unas horas y todavía tengo dolor de cabeza. Aunque he podido avanzar mucho. En poco más de dos días todo estará solucionado.

—No te machaques demasiado, ¿de acuerdo? Te queremos vivita y coleando al volver.

—Os estaré esperando con los brazos abiertos, eso ni lo dudes, amor —tiro un beso al aire, un beso para ella—. ¿Y vosotras, qué tal vuestro día?

—No hemos parado de caminar desde que llegamos. Aquí la chica tiene energía para tres maratones —admite, señalándome con la barbilla y todas reímos.

—¡Qué exagerada!

Empiezo a contarle todo lo que hemos hecho en el día. Martina no para de reírse y taparse la cara al escuchar alguna anécdota. En un tramo resbaló y casi baja monte abajo rondando.

—Incluso hemos cruzado ese pequeño río, eso sí, en sus brazos y con los ojos tapados, porque no me atrevía a mirar —confiesa, haciéndonos reír a todas.

—Hubiese sido muy gracioso ver eso —apunta Sonia—. ¡Ojalá haber estado allí para verlo!

—No te preocupes, que está grabado —dice entonces Martina—. No quería que te perdieras ese momento y lo grabé. De hecho —coge su móvil y se lo manda enseguida—. Ya lo tienes.

Sonia se ríe al otro lado de la pantalla en cuanto lo ve.

—Me dais un poco de envidia —confiesa con un gesto de pena.

—¿Sabes? —Martina coge el móvil y nos acerca un poco más—. Si lo deseas, puedes mirar.

—¿Mirar? —pregunta.

Antes de que yo pueda hacerlo también, Martina guarda su cara entre mis manos y me besa apasionadamente. Un beso que me hace gemir.

—Joder —susurra Sonia al otro lado. Martina se separa, sonrío y la mira de reojo.

—Entonces, ¿quieres mirar? —insiste.

—Sí —suspira.

—¿Estás segura? —pregunta atrevida.

—No he estado más segura en toda mi vida —observo sorprendida cómo mete la mano entre sus pantalones y masajea su centro mientras nos mira. Sonrío y muerdo mi labio inferior al verla. Esto le va a gustar muchísimo. Y a mí, para qué negarlo.

Cuando Martina consigue regalarme un orgasmo maravilloso, me quedo tumbada en la cama, mirando el techo. Necesito parar durante unos segundos y recuperar el aliento.

—¿Se puede saber de dónde sacas tanta energía? —Martina aparece rápidamente sobre mí, muy sonriente.

—Sacaría energía de cualquier parte para hacerte el amor —afirma antes de besarme y hacerme sonreír. Me giro para buscar el móvil, pero, al cogerlo, la pantalla está en negro.

—¿Sonia? —giro para que Martina pueda mirar—. ¿Ha colgado?

—¿Cuándo? Si hace unos minutos estaba ahí, la oía gemir.

Llamo de nuevo y nos responde casi de inmediato. Su semblante es serio.

—¿Estás bien? —le pregunta Martina.

—Sí, sí... Es cansancio —responde seca.

—Mi amor, ¿estás segura?

—Sí, de verdad. Creo que mejor me voy a dormir... Necesito descansar —en ese momento sonrío brevemente y yo lo hago también.

No me gusta estar lejos de Sonia, de hecho, el máximo que hemos estado separadas la una de la otra ha sido dos días por trabajo o por alguna visita a un familiar si una de nosotras no podía. Ahora, por suerte, también tengo a Martina a mi lado, que me acoge en sus brazos pocos segundos después de terminar la llamada. Suspiro cuando acaricia mi espalda con suavidad. Ha sido un buen día a su lado, y me encanta la sensación de paz y tranquilidad que me transmite. Es única.

Sonia

El juego me encanta. Al menos es lo que siento al principio. Observo a través de la pantalla cómo sus cuerpos empiezan a conectar como un perfecto puzzle, cómo los dedos de Martina recorren cada centímetro de la piel de Laura, haciéndonos gemir a ambas con ello. Cada beso, cada caricia, cada mirada, me enciende más.

Pero todo deja de ser bonito y perfecto en los últimos segundos. De repente, quiero estar ahí, con ellas. Un malestar se instala en mi estómago y dejo de mirar, no puedo seguir escuchando a Laura gemir en manos de Martina. No quiero. No sé qué hacer, así que bajo la pantalla del ordenador, cortando la llamada sin decir nada.

Quizás esto no ha sido buena idea.

Capítulo 13

Martina

La mirada de Sonia en esa última llamada hace que mis sentidos se pongan alerta. Está seria, mucho, y algo dentro de mí me dice que he sido yo quien lo ha provocado. ¿Cómo puedo estar tan segura? Porque durante el resto del fin de semana, casi no me dirige la palabra cuando la llamamos, y ha pasado de llamarme cariñosamente enana a llamarme Martina. Además, puedo notar como esquiva mis miradas o mis palabras. Gestos de los que Laura no ha sido consciente aún.

Al llegar el domingo por la tarde, soy yo la que se hace cargo de bajar las maletas. Sonia abre la puerta, sabía que estábamos llegando y en cuanto ha escuchado el coche, ha salido para recibirnos. Nada más abrazar a Laura, me mira, su mirada es tan profunda y oscura que la aparto, no consigo mantenerla. Decido, en ese momento, bajar únicamente la maleta de Laura.

En cuanto me acerco, Laura da un paso al lado, sin separarse de los brazos de Sonia. Por un momento dudo, pero elimino esa distancia para besarla, quiero hacerlo y, como suponía, ladea la cara para que ese beso sea en la mejilla. Era el último gesto que me hacía falta para completar mis dudas.

—Laura —al llamarla así, me mira extrañada— Ten, tu maleta.

—¿Y la tuya, cariño? —cojo aire antes de responder.

—Eh... en el coche.

—¿No te quedas?

—No, es mejor que me vaya —digo casi en un susurro—. Necesito ver a mis padres y, bueno...

—Martina, eh, ¿estás bien? —guarda mi cara entre sus manos, se ha dado cuenta de lo nerviosa que estoy—. Sonia, di algo...

—Si se quiere ir, yo no puedo hacer nada —responde con sequedad. Laura la mira, no entiende este cambio en su tono.

—Es mejor así, Laura —suelto antes de separarme.

—¿Vendrás mañana? —pregunta cuando estoy a punto de volver al coche. Miro a Sonia rápidamente y agacho la mirada de nuevo. No respondo a su pregunta.

—Hablamos, ¿de acuerdo? —me despido con una sonrisa forzada.

Me monto rápidamente en el coche. En cuanto arranco, las miro y las lágrimas que aguantaba corren por mis mejillas. Piso el acelerador y salgo de allí antes de que Laura pueda llegar al coche.

Por suerte, tengo por delante unos veinte minutos para que toda esta angustia se desvanezca y pueda llegar a casa tranquila. Nada más llegar a la ciudad, he vuelto a conectar el móvil y he podido leer un mensaje de mi padre. Me dice que ya están en casa y el fin de semana ha sido estupendo para todos.

Sonrío de nuevo al recordarlo. Conseguir que mi madre estuviese bien era el objetivo de estos días, y se ha superado con creces.

Cuando llego, ambos me reciben con los brazos abiertos. Y, aunque lo intento ocultar, notan tristeza en mis ojos.

—¿Ha pasado algo con esas chicas, hija? —pregunta mi padre.
—No lo sé papá, todo ha ido bien, pero creo que algo se ha desmoronado.
—¿No lo habéis hablado?
—No, no he podido —admito, bajando la mirada.
—Tranquila, todo pasará. Igual solo es un pequeño malentendido entre amigas —dice mi madre.
—Sí, seguro que sí —respondo con una sonrisa forzada.
Después de esto, no vuelvo a hablar con ellos. Deshago la maleta, vuelvo a colocar todo en mi armario y me tumbo en la cama. Aunque me incorporo de inmediato.
—¡Mierda! Mi ordenador.
En cualquier otra ocasión no iría a por él, pero esta semana tengo que entregar bastante papeleo y no he hecho copias. Me visto de nuevo para salir a por él. Eso sí, tengo muy claro que no voy a quedarme. Cogere el ordenador y me vendré de nuevo a casa.

Sonia

Laura da unos pasos cuando Martina se marcha al coche. Se ha dado cuenta de que me pasa algo y prefiere marcharse a casa, gesto que en este momento, agradezco. Antes de que el coche empiece a andar, veo como las lágrimas la desbordan, que quizás este sea un adiós, pero estoy tan irritada que no hago nada. Cuando Laura llega a mi altura, me pregunta.

—¿Se puede saber qué os pasa? ¿Por qué estabas tan seria con ella? —la miro y entro en casa sin decir nada. Aunque no la esté viendo, sé que me observa sorprendida, con los ojos muy abiertos—. No me jodas, Sonia, ¿qué está pasando? Porque algo pasa entre vosotras dos y yo soy la tonta que no se está enterando de nada. ¡Sonia! —insiste.

Me giro y en esta ocasión soy yo la que llora.

—¿Disfrutaste con ella más que conmigo?

—¿Qué?

—Hacía mucho que no te veía tan contenta en la cama como con ella el viernes —exclamo con rabia.

—¿Todo esto es porque Martina y yo nos hemos acostado? ¿Estás celosa? ¿Es eso?

—Contéstame —insisto.

—Sí, disfruté con ella, tanto como cuando lo hicimos las tres la última vez —suspiro y me tapo la cara—. Mi amor, ya hablamos esto —se acerca y me abraza—. Sabíamos que podía pasar y sé que ella se acostará contigo a solas en cualquier otra ocasión... Pensé que todo estaba claro. Si no querías que eso pasara, ¿por qué accediste?

—No es que no quisiera, Laura, pero... cuando os vi... no sé, estaba disfrutando, mucho, hasta que en un momento mi perspectiva cambió. Quería estar ahí y no podía y yo...

—Te enfadaste y colgaste —suspiro.

—Sí.

—Y ella se ha dado cuenta —la miro y asiento, me abraza al sentir lo angustiada que estoy.

—Lo siento, me estoy comportando como una niña —confieso con un hilo de voz, avergonzada.

—No, tranquila, no pasa nada. Pero necesito que recuerdes todo lo que hemos hablado. Y si no quieres que eso vuelva a pasar, debemos hablarlo. Nos sentaremos con Martina y pondremos ciertos límites.

—Necesito pensarlo.

—Vale... Eh —coge mi cara—. No pasa nada, ¿de acuerdo? Es normal que tengamos

dudas, estamos empezando y nunca hemos vivido una situación similar. Son momentos para reorganizarnos y poner las reglas —explica.

—Sí, tienes razón —la beso y vuelvo a abrazarla—. ¿Debería llamarla para disculparme?

—Sí, aunque después de lo triste que estaba, quizás no responda.

—Debo intentarlo —reconozco.

Cojo el móvil y la llamo, pero no hay respuesta. Lo intento un par de veces más y decido esperar hasta mañana. Después de mis miradas y mi tono, entiendo que no quiera contestar.

Capítulo 14

Sonia

Llevamos dos días sin saber nada de Martina. Y empiezo a pensar que no quiere saber nada de nosotras. En esta ocasión, es Laura la que decide llamarla, pero no contesta, otra vez.

—Joder... —susurro en cuanto deja el teléfono sobre la mesa y niega—.

Empiezo a preocuparme, Sonia.

—¿Crees que ha decidido alejarse de nosotras?

—No lo sé, espero que no. Es muy extraño que no haya dejado un mensaje ni siquiera —comento pensativa.

—Sí... Creí que tendría ocasión de hablar con ella cuando viniera a por su ordenador. Sé que lo utiliza para trabajar y ni siquiera ha venido a por él. Todo esto es muy extraño. Por muy enfadada que esté, lo lógico sería volver a por su ordenador.

—Bueno, ahora con la nube y las copias de seguridad es más fácil recuperar archivos —le explico.

—Ya... pero, aun así...

Después de unos segundos, decido llamarla de nuevo. Me pongo de pie y pongo el altavoz. En esta ocasión, a los dos tonos, alguien descuelga.

—¡Martina, al fin! Necesito...

—¿Quién eres? —es la voz de un hombre la que me hace detenerme.

—Me...me llamo Sonia, ¿no es este el teléfono de Martina Castro? —inquiero extrañada.

—Sí, así es. Soy Juan, su padre. Supongo que eres una de sus amigas.

—Sí, en efecto.

—Siento comunicarte que no podrás hablar con ella. Martina está en el hospital. Hace un par de días resbaló y cayó escaleras abajo. Esta misma mañana la han operado y en este momento está dormida —explica.

En ese momento mi alma se hiela, me dejo caer sobre la silla que tengo más cerca y pierdo el habla.

—Hola, ¿Juan? Soy Laura, soy amiga de Martina, también —dice con rapidez—. ¿Podemos ir a verla? Necesitamos saber de ella.

—Sí, sí, claro, no hay problema. Estamos en el Clínico. Segunda planta, al fondo. Si tenéis algún inconveniente, llamad de nuevo y bajaré para que os dejen entrar —asegura el padre de Martina.

—Bien, gracias, vamos ahora mismo.

Cuando cuelga, Laura se sienta con cuidado sobre mí y me abraza.

—Debemos ir —susurro cuando recupero la voz.

—Sí, sí, vámonos ahora mismo.

Una media hora más tarde, y tras un trayecto lleno de silencio y lágrimas, llegamos al hospital. Aparcamos en el primer hueco que encontramos y corremos hasta la entrada del centro. Una de las enfermeras, muy amable, se acerca al percatarse de nuestra angustia y nos acompaña.

—Al parecer, estaba bajando las escaleras y resbaló. Se ha dado varios golpes en la

cabeza y su brazo terminó descolocado. Además, tiene magulladuras por todo el cuerpo — explica cuando estamos llegando a su habitación.

—¿Saben si despertará pronto? —pregunta Laura.

—Sí, seguro, la operaron esta mañana, y la anestesia pasará dentro de poco.

—Gracias —no me salen más palabras. Nos deja en la puerta y la miramos a través de los cristales.

Vemos como su madre está sentada a su lado, acariciando una de sus manos. Y su padre la mira desde los pies de la cama. Al sentir nuestra presencia, le dice algo a su mujer, que nos mira triste, y sale al pasillo.

—Debéis ser Sonia y Laura, ¿verdad? —me sorprende de que pueda acordarse de los nombres.

—Yo soy Laura, encantada de conocerle. Aunque siento que sea en estas circunstancias —saluda, extendiendo la mano.

—Lo mismo digo, hija —responde el padre de Martina.

Sé que él me mira, lo noto, pero yo no puedo más que mirar a Martina y todos los cables que tiene en su cuerpo. Las lágrimas vuelven a correr por mis mejillas.

—Tranquila —susurra él, esperanzado—. Las máquinas únicamente la controlan. Nos han dicho que en pocos minutos debería despertar.

—¿Qué ocurrió? —consigo preguntar.

—Creo recordar que, al volver del viaje y recoger sus cosas, decidió salir de nuevo. Dijo que se le había olvidado algo y que lo necesitaba por su trabajo —explica su padre.

—Su ordenador —decimos Laura y yo al unísono, cruzando la mirada.

—Sí, exacto. Subió de nuevo las escaleras para coger un abrigo y al bajar... bueno, se tropezó consigo misma, creo que estaba un poco nerviosa por algo que había ocurrido. Por suerte su madre no llegó a ver nada de la caída, solo cuando estaba en el suelo.

—¿Usted sí? —pregunto preocupada.

—Iba detrás de ella —la mira y se sujeta las manos a su espalda—. No me dio tiempo a cogerla. Fue todo demasiado rápido.

—No se culpe por ello —hablo poniendo una mano en su hombro.

—No puedo evitarlo, hija —susurra antes de limpiarse las lágrimas. Laura y yo nos miramos y agarramos nuestras manos con fuerza, el pobre hombre lo está pasando mal—. ¿Queréis entrar? Mi mujer y yo aún no hemos comido, si os quedáis con ella me quedará más tranquilo. Será algo rápido, queremos estar aquí cuando despierte.

—Sí, sí, claro —me apresuro a responder.

Juan hace las presentaciones con su mujer que nos mira y escanea de tal forma que me provoca un escalofrío. Finalmente, accede y nos deja con Martina. Laura entra en primer lugar, da unos pasos hasta quedar a su lado. Acaricia su mejilla con suavidad y le deja un pequeño beso en la frente. Cuando se sienta, soy yo la que se acerca por el otro lado. Hago los mismos gestos que ella, pero, por un momento, me quedo cerca tras el beso.

—Si pensabas que jamás volverías a vernos, estabas muy equivocada, enana —Laura sonrío por mi tono bromista, al mismo tiempo que nos limpiamos las lágrimas—. Quiero verte fuerte, ¿me escuchas? Espero que puedas perdonar lo idiota que he sido y cómo me he comportado —vuelvo a dejar un beso en su frente y me separo.

Miro a Laura, me hace un pequeño gesto para que me siente sobre ella, y lo hago al segundo. Nos abrazamos sin dejar de mirarla en ningún instante. Sabemos que no va a ser fácil, nada lo será hasta que ella despierte. Pero de lo que estamos seguras, es de que no nos

vamos a separar de Martina ni un solo momento.

Capítulo 15

Laura

Una hora más tarde, seguimos en la habitación, ahora ya acompañadas de sus padres. Juan y Sheila nos observan con curiosidad, no nos hemos movido de ese sillón y tampoco dejamos de mirar a Martina. Es una realidad que estamos muy preocupadas por ella, y más después de cómo terminó todo hace dos días.

—¿Y si no me perdona? —pregunta Sonia, angustiada.

—Amor, claro que te perdonará. Es un tema que debemos hablar con calma las tres. Se solucionará —le aseguro.

—¿Habéis discutido con ella? —cuestiona entonces Sheila—. Al llegar a casa el domingo estaba triste, aunque lo intentaba disimular.

—Fue culpa mía —asume Sonia—. Un... un malentendido. Y le hablé fatal—reconoce.

—No pasa nada —habla entonces el padre— es normal que en cualquier relación, sea del tipo que sea, haya alguna discusión. Estoy seguro de que lo solucionaréis.

Dejamos de hablar al sentir que las sábanas de la cama se mueven. Los cuatro miramos y nos incorporamos cuando vemos cómo Martina se está despertando. Sonia y yo nos quedamos un paso atrás, sus padres son los que deben estar ahí en este momento.

—Martina, hija...

—Mamá —habla en un susurro—. Papá... Qué, ¿qué ha pasado?

—Tuviste un pequeño accidente en casa, ¿no lo recuerdas? —ella piensa la respuesta mientras intenta abrir sus ojos, aún le cuesta.

—No, estoy muy confusa. Lo siento.

—Tranquila, cuando te encuentres mejor te lo contaremos todo.

—Bien...

En ese instante, esos ojos verdes reparan en nuestra presencia. Unos ojos que empiezan a abrirse de par en par al segundo. Además, sus mejillas se vuelven rojas, está claro que no nos esperaba allí.

—¿Por qué están ellas aquí? —pregunta, dejándonos sorprendidas a ambas.

—Llamaron preocupadas por ti, hija, llevas dos días en el hospital. Esta mañana cuando fui a casa —explica su padre— escuché tu teléfono sonar y contesté. Pensé que no te importaría que estuvieran aquí, además, has estado unos días con ellas, imaginé que...

—Espera —le corta— ¿Unos días? ¿De qué estás hablando?

—¿No te acuerdas? —pregunto entonces, acercándome a los pies de la cama—. Has pasado casi toda la semana con nosotras en casa. Y hemos hecho un viaje al monte este fin de semana...

—¿Qué? No, eso no es verdad...

Sonia y yo nos miramos con preocupación. Podemos ver que se acuerda de nosotras, pero, no de todo lo que hemos vivido últimamente. Ella se tapa la cara y se queja, parece que el brazo y la cabeza empiezan a dolerle. En ese momento, su padre sale en busca de un doctor. Nosotras, aunque deseosas de acercarnos para consolarla, debemos dar un paso atrás. No podemos hacer nada por el momento y mucho menos si no lo recuerda.

Después de unos minutos y un reconocimiento, el doctor nos asegura que está muy bien,

dada las circunstancias:

—El dolor de cabeza y de hombro es algo normal, necesitas descanso. Te recetaré unos calmantes para los próximos días —explica el médico.

—No recuerda nada de los últimos días, doctor —suelta Sonia intranquila.

—Es algo habitual, después de la caída y los golpes, la pérdida de memoria es un síntoma bastante común. Pero no se preocupen, su estado físico es bueno, a medida que pasen las horas y los días todos sus recuerdos volverán.

Ambas nos miramos y suspiramos, nos quedamos algo más tranquilas después de escucharle. En cuanto el doctor se marcha, Sheila se acerca a su marido.

—Ahora que está despierta, me gustaría ir a casa. Quiero comer algo más decente que eso que sirven en la cafetería —Sonia y yo sonreímos, nos mira y también sonríe—. Eso ni es comida ni es nada —apunta.

—Sí, vayamos. ¿Os importa quedaros con ella mientras tanto? —nos pregunta su padre—. No tardaremos más de dos horas.

—Sí, claro, tranquilo. No hay ningún problema —me apresuro a responder.

—Nos quedaremos el tiempo que haga falta —asegura Sonia dejándolos más tranquilos.

Aunque la única que no está de acuerdo con esto es Martina. Su mirada es esquiva, ese rojo carmesí de sus mejillas no desaparece, menos cuando su padre cierra la puerta al salir y nos dejan a solas.

—¿Qué hacéis aquí?

—Preocuparnos por ti —apunto, acercándome.

—No deberíais estar aquí después de lo que pasó. ¡Estáis casadas!

—¡Uh! Estoy teniendo un *déjà vu* —suelta Sonia haciéndome reír—. Eso ya lo sabemos, y tú también. Y ya lo comentamos en su momento.

—El problema es que no recuerdas nada de lo que hemos hablado y ha sucedido en los últimos días —le explico.

Ambas nos sentamos a los pies de la cama. Martina está ya bastante nerviosa y confusa como para acercarnos o tener una muestra más íntima con ella. Ante su nerviosismo, no podemos evitar sonreír y mirarnos. Instintivamente, humedecemos nuestros labios y la miramos intensamente, gesto que le hace temblar, ambas lo sentimos.

—¿Qué es lo que debería saber? ¿Por qué me miráis así? Me ponéis muy nerviosa... —admite.

—Déjame hacerle un resumen —pide Sonia con voz de niña, la miro a sabiendas de lo directa que puede ser y cuál puede ser el resultado— Porfi...

—Ay, dios —me lamento mientras sonríe—. Si la perdemos será culpa tuya.

—Asumiré todos los riesgos —afirma convencida.

La miramos de nuevo, sus ojos están muy abiertos, tanto como su boca. Este intercambio la está dejando pasmada, literalmente.

—¿Quieres saber entonces lo que ha pasado? —le pregunto.

—Por favor...

—No debes darle demasiadas vueltas, será mucha información y quizás no entiendas todo lo que va a decirte. Mantén la mente abierta y escucha hasta el final. Después te dejaremos reflexionar y hablar.

—De acuerdo —responde, no muy convencida.

Miro a Sonia y, en menos de cinco minutos, le cuenta con pelos y señales todo lo que hemos vivido en los últimos días, incluso este último enfado y lo angustiadas que hemos

estado al no saber nada de ella en los últimos dos días. Cuando termina, Martina la observa con los ojos muy abiertos, su rostro muy serio y creo que a punto de explotar de vergüenza. Jamás la había visto tan roja como en ese momento.

Capítulo 16

Martina

Escuchar de la propia Sonia todo lo que ha sucedido en los últimos días me deja anestesiada y con un calor que no esperaba.

—¿Significa que nosotras tres...? —pregunto señalándonos con el dedo.

—Sí, estamos juntas —responde Laura con naturalidad—. Tal y como te ha dicho, hemos estado conviviendo y pasando tiempo juntas la semana pasada —suspiro y me tapo la cara con la única mano que tengo libre, la otra está tapada y sujeta por un cabestrillo.

—Esto... no me lo esperaba, no lo recuerdo.

—Tranquila, no pasa nada —dice, acariciando mi pierna por encima de la sábana—. Ahora debes tomarte tu tiempo hasta que todos los recuerdos regresen a tu mente.

Asiento lentamente, sin poder mirarlas. Ambas me están dejando el tiempo suficiente para asimilar todo. Solo levanto la cabeza, casi sin darme cuenta, cuando Sonia habla.

—Enana —mis ojos se encuentran con los suyos, sonrío y me hace sonreír. Acabo de recordar que me llamaba así—. Me has mirado...

—Sí... tú... tú me llamas así —digo algo confundida, río incrédula. Ella mira a Laura, se alegran de este pequeño paso— ¿Por qué se repite la palabra bombón en mi cabeza? —ambas ríen.

—Así me llamas —me sonrojo de nuevo y asiento. Si, tiene razón.

Acaricio y aprieto el puente de mi nariz, el dolor sigue ahí y recordar no está siendo nada fácil.

—Tranquila, no hagas más esfuerzo, todo volverá a su tiempo, ya lo verás, no lo fuerces —añade Laura, no sé en qué momento se ha acercado, pero está justo a mi lado y sus dedos acarician mis mejillas. El tacto de sus dedos hace que cierre los ojos, su olor y su ternura me hacen recordar de nuevo.

—Cariño... —se me escapa en un susurro al sentirla, la miro y está sonriendo.

—Preciosa —susurra a punto de llorar—. Dios, me encantaría poder besarte ahora —todas reímos, yo aparto la mirada, ya que no puedo evitarlo—. Pero, esperaré hasta que estés recuperada —se agacha y queda frente a mí—. No queremos que salgas corriendo, ¿verdad?

Mira a Sonia, que se ha sentado algo más cerca y sonrío y asiente mientras la escucha.

—Te daremos el tiempo que necesites, Martina. No deseamos perderte, te queremos y esperaremos lo que haga falta, ¿vale?

—No sé qué decir —admito, alternando mi mirada entre ambas—. Yo...

—Shh, tranquila —Laura coge una de mis manos y la acaricia—. No tienes que decir nada.

Y entonces, mi corazón palpita más rápido. Un sentimiento que me parece conocido, y al mismo tiempo nuevo. Que me llena y me reconforta para mi sorpresa, haciéndome sentir como en casa. Es bonito y extraño al mismo tiempo. Ojalá todo este lío que hay en mi cabeza se resuelva pronto. Lo necesito, y ellas también.

Laura

No sé cómo, pero desde el momento en el que, aparentemente, nos reconoce hasta ahora que sus padres están a punto de llegar, Sonia consigue que Martina sonría y se sienta bien.

—Sé que no lo recuerdas, lo que ocurrió, pero quiero pedirte perdón. Me comporté fatal y no lo merecías. Debimos hablar y jamás tuve que dejarte ir —reconozco con pena.

—Si todo lo que me habéis contado es cierto, ha sido un pequeño malentendido, algo que cuando me recupere hablaremos. No debes culparte más —asegura tranquila.

Observo a Sonia, que la mira intensamente y se muerde el labio inferior, hasta que no puede más y suspira, gesto que me hace reír:

—¿Qué le pasa? —me pregunta Martina, es curioso que tenga algunos recuerdos y otros no. Como por ejemplo, no saber qué es lo que está sintiendo Sonia en estos momentos.

—Lo que le pasa —digo, cogiendo su mano— es que se está aguantando las ganas de besarte y no puede más.

La mira y, cuando se lo confirma con la mirada, se sonroja.

—Es que eres tan bonita —susurra Sonia, mirándola—. Hace unas horas pensé que por mi culpa te habíamos perdido. Y ahora todo ese temor se ha esfumado, y vuelves a mirarnos con esa mirada tan pura y perfecta que nos remueve todo.

—No sabía que mi mirada provocara todo eso —apunta sonriente.

—Eso y más, te lo aseguro —hablo entonces—. Sé que lo vas a pensar mucho durante el resto del día, pero esto, lo que tenemos, jamás fue algo físico. Va mucho más allá. Por eso dimos el paso.

Martina asiente, sin decir nada. Ambas nos miramos y observamos de nuevo a Sonia, que vuelve a suspirar. Reímos juntas hasta el momento que la puerta se abre. Sus padres han vuelto.

—Vaya, celebro veros de buen humor... —apunta su padre.

—He podido recordar algunas cosas —dice Martina—. Y creo que todo vuelve a estar bien —nos miran y asentimos.

—Nos alegramos mucho.

Por desgracia, nuestra visita dura pocos minutos más. Quedamos con ellos en que mañana, nada más salir del trabajo, volveremos para visitarla de nuevo, ya que, seguramente, esté ingresada en el hospital unos días más.

Evitamos acercarnos y darle una muestra de cariño frente a sus padres, además, ya está bastante sonrojada, seguro que esto la alivia un poco.

Cuando salimos del hospital lloramos, pero esta vez de felicidad. Martina está bien, poco a poco recuerda lo ocurrido y, de no ser así, Sonia se lo ha aclarado todo. Ahora, solo debemos tener un poco de paciencia con ella, esperar su recuperación y que su memoria vuelva por completo. De lo único que estamos seguras es que no vamos a separarnos y que vamos a estar a su lado pase lo que pase.

Capítulo 17

Martina

Las horas dentro de este hospital pasan lentamente. A lo largo de toda la noche y la mañana, he podido descansar y dormir. Lo necesitaba. El dolor de cabeza ha empezado a desaparecer y gracias a las conversaciones con mis padres y algún ojeo al móvil, todo está empezando a volver a mi memoria. Mi mente empieza a clarearse y eso me alivia.

—¿Vendrán hoy tus amigas a verte? —pregunta mi madre mientras termino de comer.

—Sí, después del trabajo —he podido hablar con ellas brevemente y no piensan faltar un día mientras esté aquí— ¿Te molesta?

—No, hija, para nada.

La miro y sonrío, hacía mucho tiempo que no la veía tan tranquila.

—La medicación está haciendo efecto, ¿verdad? —le pregunto con los ojos llorosos.

—Sí, me siento mucho mejor. Aunque cada día me cuesta más retener información, o no me acuerdo de las cosas, tengo que apuntarlas para que no se me olviden.

—Trabajaremos en eso a diario, querida —dice entonces mi padre—. Todo a su debido tiempo. Lo importante es que te sientas bien y no tengas ningún tipo de malestar.

Asiento con calma, mi padre tiene razón, hay que llevarlo paso a paso. Día a día, su enfermedad avanza a grandes pasos. Sin embargo, la afrontaremos de la mejor manera posible. Mi madre, cuando la enfermera llega para retirar la bandeja, decide salir del hospital para dar un paseo. Lo hace varias veces al día, ya que es incapaz de estar tantas horas sentada. Durante esos minutos, mi padre y yo hablamos de cualquier tema.

—Esas chicas, Laura y Sonia —apunta mientras se sienta a mi lado—ayer llegaron muy angustiadas. Te quieren mucho.

—Y yo a ellas, papá —admito sin poder mirarlo.

—Ellas son pareja, ¿me equivoco? —niego—. Me alegro, se las ve muy unidas.

—No te puedes hacer una idea.

—Pero hay algo...

—¿El qué?

—El comportamiento de ambas —habla mirando un punto fijo—. No sé, no me hagas demasiado caso.

—No, papá, por favor, di lo que piensas —insisto.

En ese momento sé que mi padre ha visto algo en ellas durante la visita, y algo me dice que intenta encontrarle significado. Quizás esta conversación me ahorre dar alguna que otra noticia y explicación.

—Es que no me quiero meter en tu vida, hija, y tampoco estoy completamente seguro de lo que sentí —indica con algo de miedo.

—Papá —me mira y asiento—. Por favor...

—Ambas se preocupaban por ti de una manera especial. No eran dos amigas alarmadas por tu accidente. Estaban inquietas, como yo lo estaría por tu madre.

—Como si fueran mi pareja, ¿es eso lo que quieres decir?

—Sí.

En ese instante, su mirada y la mía se encuentran. Asiento brevemente y con rapidez

haciéndole entender que es así. Que no está loco y que lo que ha sentido es real.

—Pero... ellas y tú, entonces... —se levanta nervioso—. ¿Te has metido dentro de un matrimonio? —pregunta en un susurro y muy cerca de mí.

—No, yo no me he metido en medio de nada, papá. Las conocí por separado y poco después descubrí que eran pareja. ¿Me dejas explicártelo? —le pido que se siente a mi lado. Él, por suerte, siempre me escucha para poder entenderme y tener así toda la información antes de decirme nada—. Sabes que es una relación abierta, ¿verdad? Dos personas que están juntas y que deciden mantener relaciones con otras al mismo tiempo, cualquier tipo de relación.

—Ahá...

—Bien, pues ellas tienen una relación muy consolidada, con una gran base de comunicación, confianza y mucho amor. A medida que han evolucionado como pareja, han abierto la relación en varias ocasiones para divertirse, y en una de ellas me conocieron a mí. Yo... sentí algo muy fuerte con ambas cuando las conocí, y llegado el momento, las tres nos sentamos y hablamos de ello.

Poco a poco, le relato mis sentimientos y los de las chicas sin entrar en detalles. Quiero que esté tranquilo y no imagine cosas extrañas.

—Decidimos dar un paso más. Las tres empezamos a tener una relación, compartiendo tiempo juntas, conociéndonos más allá de la amistad.

—Por eso te quedaste con ellas la semana pasada —asiento.

—Sé que no es lo habitual, que quizás no lo comprendas papá, pero esta relación nos hace muy feliz, a las tres. Y de momento seguiremos adelante.

—¿Qué dirá la gente cuando se entere? —inquieta con preocupación.

—Me da igual lo que la gente diga. La única opinión que me importa es la tuya y las de ellas. Somos felices, y eso debería ser lo único importante, ¿no te parece?

—Ya...

—Sé que es complicado para ti, papá. Espero y deseo que puedas comprenderme —digo mientras sujeto sus manos con las mías.

Durante unos minutos permanecemos en silencio, se rompe cuando mi madre entra, viene acalorada de su paseo, cosa que nos hace sonreír a mi padre y a mí. Entra al baño y cierra la puerta, momento que aprovecha mi padre para hablar de nuevo.

—Ella no debe saber nada. No necesita emociones fuertes... —advierte serio.

—Algún día lo sabrá, papá...

—Quizás sí, o quizás no. No quiero que esto provoque en ella algún brote de nervios, o se pase el resto de su vida angustiada por ello. Ya sabes lo que ocurrió cuando le dijiste que te gustaban las chicas...

—Sí... se pasó meses bastante nerviosa, no lo comprendía —recuerdo con un suspiro.

—Pues imagínate esto, y ahora. Es mejor que no le digas nada, hija, por el bien de todos.

—Está bien...

—¿Está bien? —ella sale repitiendo mis últimas palabras— ¿Qué es lo que está bien?

—Nada, le decía a papá que quería dar un paseo. Pero tiene razón, debo guardar reposo un poco más antes de hacerlo —digo mirándolo con una sonrisa.

—Tu padre tiene razón, aún es pronto, en pocos días daremos todos los paseos que quieras.

—Estupendo, mamá.

La miro sonriente. Cuando se despista y se pone a mirar por la ventana, ambos volvemos

a mirarnos y asentimos. Tiene razón, ella no necesita emociones fuertes ahora. Estoy segura de que le llevaría meses comprenderlo y más con su enfermedad. Necesita tranquilidad, no voy a ser yo quien se la quite.

Capítulo 18

Laura

Estamos a punto de salir hacia el hospital cuando nuestros móviles suenan. Eso solo significa algo, es un mensaje de Martina. Es Sonia la que coge el móvil mientras yo termino de abrochar mis zapatillas.

—No puede ser...

—¿Qué? ¿Le ha pasado algo? —me incorporo y me acerco. Directamente, me enseña la pantalla del móvil

Mi padre sabe de nuestra relación. Luego os explico con más calma.

—¿Se lo ha dicho? —pregunto en voz alta, sorprendida.

—Pues me imagino. ¿Cómo iba a saberlo si no?

—Espero que podamos hablar con ella a solas.

—Sí, yo también. ¿Nos vamos?

—Sí, por favor.

No es que ninguna de las dos queramos ocultarlo. Sin embargo, nos sorprende que justo en este momento, y más estando ella en el hospital, se lo haya contado. Ha debido ser un shock para el padre. Sabemos que es así cuando nos ve aparecer. Nos mira, su mirada se vuelve un poco seria al segundo, pero no dice nada.

—Buenas tardes —saludo mientras entramos.

Sheila nos recibe de buen humor, incluso nos da dos besos a cada una, gesto que nos sorprende. Algo me dice que no nos lo daría de saber la verdadera relación que nos une con su hija.

—Querida, ¿por qué no aprovechamos para ir a casa y descansar un poco? —propone el padre.

—Sí, me parece una gran idea, no os molesta, ¿verdad?

—Para nada, Sheila —dice Sonia—. Nosotras la cuidaremos, no te preocupes.

Cuando salen por la puerta, Martina suspira y se tapa la cara con su mano libre. Se podía notar la tensión en su padre durante estos segundos.

—¿Estás bien? —me apresuro a preguntar mientras me acerco a ella.

—Sí, sí, necesita tiempo, eso es todo —responde.

—¿Cómo se te ha ocurrido contárselo ahora?

—Bueno, casi no me ha hecho falta.

—¿Qué? ¿Cómo que no ha hecho falta? —cuestiona Sonia.

Las dos nos sentamos en la cama, una a cada lado de su cuerpo, para escucharla con atención.

—Ayer os notó preocupadas, más de lo que lo estarían unas amigas —dice entonces—. Hemos charlado y con una simple mirada lo ha sabido. Le he explicado la situación, lo que nos pasó, sin entrar en detalles, claro.

—¿Y?

—Bueno, no lo ha rechazado, que es lo que me preocupaba. Pero sí que está muy pensativo. Necesita tiempo para reflexionar y comprender todo lo que hemos hablado.

—Es normal, bastante sereno se le veía para la noticia que ha recibido —apunto, asiente sin decir nada.

—Lo único que me ha pedido es que no le diga nada a mi madre. En su momento le costó mucho aceptar que su hija era lesbiana. Y ahora, con su enfermedad... No necesita emociones ni noticias demasiado fuertes. Para ella sois mis amigas y ya está. Y creo que es lo mejor, no quiero arriesgarme y que tenga algún brote o le pase algo al saberlo. Sé que no lo comprenderá y no quiero angustiarla.

Por suerte, en esta ocasión estamos de acuerdo con la decisión. Es una noticia bastante fuerte de digerir, sobre todo si no tienes la mente abierta y te cuesta aceptar o comprender la sexualidad o las relaciones de otras personas.

—Nos comportaremos delante de ellos, y tu madre no sabrá nada, puedes estar tranquila —aseguro mientras cojo una de sus manos y la acaricio.

—Bueno, ¿tú, cómo estás? —pregunta Sonia.

—Bien, más descansada. Aunque el dolor del hombro es molesto esta tarde, el médico dice que es normal y que en unos días pasará.

—¿Sabes ya hasta cuando estarás aquí?

—Si todo va bien y la noche es buena, mañana podré irme a casa —nos anuncia con una sonrisa—. He recuperado la memoria, aunque tengo alguna laguna, y me encuentro bien. Así que no hay nada que me retenga más aquí. Estaré un par de semanas en reposo y después volveré a la normalidad.

—¿Y tu trabajo?

—Esta mañana he hablado con mi jefe, me ha dado un mes de baja, me quiere al cien por cien y me ha pedido que descanse. Dice que todo es un caos sin mí —reímos— pero que me esperará con los brazos abiertos.

Parece que todo entre nosotras ha vuelto a la normalidad. Aún no hemos dado el paso, aunque deseamos besarla y acariciarla. Sin embargo, nos frena estar en el hospital. No obstante, el aguante de Sonia empieza a llegar a su límite, y esta vez, Martina se ha dado cuenta.

—¿Se puede saber qué te pasa? Podrías sentarte unos minutos y dejar de dar vueltas por la habitación. Le dejarás la marca de tu recorrido al suelo, a este paso —río al escucharla.

—Lo siento —apunta apurada, sentándose en el sillón junto a la cama. Se miran y entonces Martina sonríe.

—No me lo puedo creer. ¿Todavía...? —me mira y asiento—. Pensé que le habías puesto solución al llegar a casa.

—No —digo— no es a mí a quien necesita en este momento.

Martina la mira y Sonia vuelve a ponerse en pie, gesto que nos hace reír a ambas.

—Parad, por favor os lo pido.

—Ven —dice Martina— Ven aquí...

Sonia obedece y se sienta a su lado. Martina la rodea por el cuello y la acerca lentamente hasta que se besan. Un beso que me vuelve loca y que me hace feliz al mismo tiempo. Cuando se separan, Martina me mira y nos besamos fugazmente.

—¿Crees que puedes encargarte de ella rápidamente? —le pregunto.

—Bueno, solo tengo una mano... Haré lo que pueda.

—Estaré fuera —anuncio mientras me levanto. Sonia no puede creérselo y ambas reímos

por su expresión de desconcierto—. Si doy dos golpes en la puerta es que debéis separaros al momento, porque abriré sin más.

—Oído —responde Martina.

Corro la cortina que hay en el lateral, al menos así tendrán unos segundos más en caso de tener que abrir rápidamente, y salgo al pasillo. Cojo mi móvil y aprovecho para contestar algún que otro correo y mensajes. Solamente rezo para que Sonia pueda contener sus gemidos y no nos pillen.

Por suerte, durante los siguientes diez minutos, nadie interrumpe. No es hasta que veo a sus padres al fondo del pasillo, cuando me pongo nerviosa. Doy dos toques en la puerta, pero no oigo nada, no hay respuesta y la necesito ya.

¡A que nos pillan al final!

Capítulo 19

Laura

—Laura, querida.

Sheila y Juan llegan hasta mi altura. Estoy nerviosa, mucho, pero puedo mantenerme serena.

—¡Qué pronto han vuelto!

—¿Todo bien? —pregunta él mirándome fijamente.

—Sí.

—¿Por qué estás aquí fuera?

—Estaba...solucionando un problema de trabajo —alcanzo a decir levantando mi móvil — pero ya está. ¿Entramos? —me giro y aguanto unos segundos con la mano en el pomo de la puerta antes de abrirla, los suficientes para pedir a Dios que ambas estén separaditas y bien relajadas.

Al abrir, la cortina está recogida, la cama abierta y ninguna de las dos está en la habitación. Por un momento casi me da algo. Hasta que Sonia sale del baño siendo el apoyo de Martina. Cuando ven mi cara, se ríen.

—¿Estás bien hija?

—Sí, mamá, necesitaba ir al baño y Sonia me ayudó —explica mientras se sienta en la cama y se coloca. Mi mujer coge las sábanas y la arropa con calma.

—He hablado con tu tía —dice Sheila mientras se acerca a ella, Sonia camina hasta estar a mi lado, me acaricia la espalda para calmar esos nervios que me recorren el cuerpo en este momento—. Mañana se cogerá el ave y pasarán el fin de semana con nosotros.

—¿Los primos también vienen?

—Sí.

—Ya le he dicho que necesitas descanso —aventura el padre— pero ya las conoces.

—Pasaremos el fin de semana en familia, ella podrá descansar y no hará ningún tipo de esfuerzo. Además, te hemos preparado la habitación de abajo, así no tienes que subir esas escaleras mientras estás convaleciente.

—No hacía falta mamá, mientras no me dé por correr como la última vez, todo irá bien —sonreímos al escucharla.

—¿Deberíamos irnos? —le pregunto a Sonia en un susurro, me mira y asiente.

—Martina, nosotras nos marchamos.

—¿Ya? ¿Tan pronto? —cuestiona seria.

—Bueno, no queremos molestar mucho más o que nos regañen por estar demasiados aquí.

—Gracias a ambas por cuidarla —dice entonces su padre, ya más calmado y mirándonos fijamente— y... no molestáis. Creo que vuestra compañía le hace mucho bien.

Las tres intercambiamos miradas rápidas, llenas de complicidad, y sonreímos agradecidas.

—¿Nos avisas si mañana te dan el alta? —le pregunto acercándome a la cama—. Podemos venir y llevaros a casa.

—No queremos ser una molestia, chicas —apunta Sheila.

—No son una molestia —añade Sonia—. Lo hacemos con gusto, os lo aseguro. Cualquier cosa que necesiten, solo tienen que llamar. Queremos lo mejor para ella.

—Gracias —susurra Martina, tiene los ojos brillosos, empiezan a humedecerse. Así que esta vez nos acercamos una a una para abrazarla antes de marcharnos.

Al montarnos en el coche, las dos sentimos una gran energía. Ha sido algo extraño lo ocurrido en los últimos minutos en esa habitación. No obstante, nos ha dejado con un buen sabor de boca.

**

Sonia

Permanecemos en la puerta del hospital. Martina nos llamó por teléfono para venir a recogerla. Su padre pretendía tomar el autobús y volver en coche, pero pudo convencerlo de no hacer ese camino de ida y vuelta tres veces.

Pocos minutos después de avisarla, sale en una silla de ruedas empujada por una enfermera.

—Recuerda, reposo total entre 1 y 2 semanas, nada de esfuerzos con ese hombro. Duerme boca arriba o del lado bueno. En un par de semanas te verá el médico y podrás empezar a moverlo muy poco a poco. De aquí a un mes recuperarás la normalidad si sigues los pasos que te han recomendado.

Se levanta de la silla y le agradece a la enfermera los cuidados que le han dado durante su estancia. Nos montamos en el coche y emprendemos el camino a su casa.

—¡Gracias por venir finalmente! —dice Sheila.

—Es un placer —respondo sonriente, mirándola a través del espejo retrovisor.

—Tengo un hambre... —suelta Martina haciéndonos reír a todos—. No sabéis lo insípida que estaba esa comida.

—¿Qué te parece si llamamos a tu restaurante favorito y pedimos para comer?

—Esa es una gran idea, papá, me encantaría —veo cómo se apoya en su hombro, agradecida.

—Bien, pues, pediré lo de siempre —añade, sacando su teléfono móvil—. ¿Y vosotras? ¿Qué os pido de comer?

Laura y yo nos miramos fugazmente.

—No, no se moleste, no es necesario —dice ella nerviosa.

—No voy a dejar que os vayáis de mi casa sin comer después de todo lo que habéis hecho por mi hija. Así que no voy a aceptar un no por respuesta.

—¡Claro, querido! Cuanta más gente mejor —añade su madre.

Después de unos minutos intentando convencernos, terminamos aceptando. Es imposible decirles que no. Ahora ya sabemos de quién ha adquirido Martina ese gen tan convincente.

Al llegar, sus padres se adelantan y nosotras somos las que ayudamos a Martina a bajar del coche.

—¿En qué momento hemos aceptado esta comida familiar? —pregunto en voz alta, muy nerviosa.

—No habéis aceptado, os han obligado —contesta Martina divertida—. Esto os pasa por estar tan nerviosas con ellos delante.

—¡Pero cómo no voy a estar nerviosa, enana! —reímos—. Cada vez que me mira se me aflojan las piernas.

Todas reímos a carcajadas.

—Joder, que mal ha sonado eso. Pero ya me entendéis.

—Tranquilas, de verdad. Que haya aceptado y proponga estos planes es bueno, significa que quiere daros una oportunidad.

—La aprovecharemos bien, entonces —añade Laura con una sonrisa.

El resto del día, para mi sorpresa, es realmente bueno. La comida con sus padres termina siendo bastante divertida. Nos relatan muchísimas anécdotas de la pequeña Martina, así como alguna trastada que hizo años atrás. Por la tarde, su tía y primos llegan poco más tarde, añadiendo un plus de comodidad y familiaridad al ambiente.

A pesar de ser dos extrañas, nos hacen sentir como en casa. Algo que Laura y yo agradecemos enormemente. La verdad es que es uno de los mejores días que hemos tenido nunca y no lo vamos a olvidar fácilmente.

Capítulo 20

Martina

En cuanto la luz del sol empieza a desaparecer y la noche se hace presente, Laura y Sonia deciden marcharse. Estoy feliz porque han estado rodeadas de mi familia, han tomado parte en las conversaciones y, aparentemente, todos están contentos de conocerlas. Aprovecho para salir con ellas a solas y despedirlas como deseo. Mi padre está haciendo la cena y mi madre y mi tía tienen una entretenida charla.

—¿Habéis estado bien, cómodas?

—Mucho, la verdad es que Sonia y yo agradecemos la invitación de tu padre. Ha sido estupendo, cariño.

—Sí, dale las gracias de nuestra parte. Aunque asegúrale que la próxima será en nuestra casa.

—Dalo por hecho —digo sonriente—. ¿Me dais un abrazo?

—Claro que sí, enana —Sonia es la primera que me rodea y me acaricia la espalda—. Cualquier cosa que necesites, llámanos, ¿vale? —asiento antes de que borre distancias y me deje un suave beso en los labios.

—Mañana podemos venir por la tarde, si quieres, daremos un paseo —anuncia Laura abrazándome.

—Me encantaría eso. Aunque espero que vengáis con una excusa para sacarme de aquí por una noche —alzo las cejas brevemente con intención, lo necesito.

—Que sepamos necesitas reposo... —aventura Sonia con una sonrisa.

—Bueno, que yo no me pueda mover no significa nada, ¿no? Además, siempre puedo mirar —mi sonrisa lasciva hace que ambas se sonrojen.

—Pensaremos en la mejor de las excusas, cualquier cosa por pasar una noche con vosotras —habla Laura antes de acariciar mi rostro y besarme.

—Chicas —ambas me miran antes de marcharse—. Me hacéis muy feliz. No sabéis cuánto.

—Y tú a nosotras, cariño.

—Te vemos mañana, enana.

—Adiós...

Las veo marchar y suspiro cuando el coche de ambas desaparece. Cada día me cuesta más estar sin ellas. Pretendo empujar la puerta para entrar, pero mi madre se adelanta.

—¿Ya se han marchado? —pregunta.

—Sí, se pasarán mañana por la tarde y daremos un paseo.

—Estupendo.

—¿Todo bien? ¿Y la tía? —cuestiono al verla un poco seria.

—Con tu padre. Venía a avisarte de que la cena ya está. ¿Quieres que te ayude a cambiarte de ropa?

—No, tranquila, me las apañaré luego. La enfermera me ha dado un par de trucos para no hacerme daño y poder hacerlo sola. Bastante hacéis ya por mí.

—Bien, pues, vamos a cenar...

Mi madre me abraza por la cintura y deja un suave beso en mi hombro mientras

caminamos juntas. Estos días están siendo realmente buenos, hacía meses que no disfrutábamos de una racha similar. Y pretendo aprovecharla cada segundo. Nunca sabes cuándo empieza ni cuando termina, así que nada como disfrutarla mientras está.

Sonia

Son algo más de las cinco de la tarde cuando estamos cruzando la esquina de la calle de Martina. Le hemos enviado varios mensajes a lo largo de la mañana, pero no hemos recibido contestación alguna. Nos tiene un poco preocupadas, aunque quizás sea que ha estado descansando y desconectada.

Cuando aparco el coche y observamos la casa, la vemos sentada en el umbral de la puerta. Mira al suelo, está perdida en sus pensamientos. Nos miramos extrañadas y nos bajamos rápidamente. Justo cuando nos agachamos frente a ella, vuelve a su ser y reacciona. Sus ojos se humedecen y termina en nuestros brazos, desconsolada.

—Preciosa, ¿qué ocurre? —no responde, llora durante varios minutos, sin parar. No nos separamos hasta que ella misma lo decide, sentándose de nuevo en el escalón, nosotras lo hacemos a su lado.

—Es mi madre.

—¿Está bien? —pregunto—. ¿Le ha pasado algo?

—Ha tenido un pequeño brote... No sabe quién soy.

—Joder —suelto, acogiéndola en mis brazos.

—¿Por eso estás aquí fuera? —cuestiona Laura.

—Sí, necesitaba tomar el aire, me ahogo en la habitación.

La puerta del domicilio se abre, es su tía la que sale.

—Me alegro de veros chicas —saluda—. ¿Me haríais un favor?

—Lo que quiera —me apresuro a decir.

—Mi hermana está muy nerviosa. Y Martina necesita tranquilidad. Quizás sea mejor que pase la noche fuera.

—Pero yo quiero estar aquí, tía.

—Cariño —la abraza y acaricia su cara, ya que Martina está llorando de nuevo—. Sé que es difícil para ti, pero ahora mismo no quiere verte, no te reconoce y ambas necesitáis tranquilidad. Sosiégate, tu padre y yo la cuidaremos. Seguro que pronto todo vuelve a la normalidad. Sabes que son rachas...

—¿Y si no es así?

—Martina... Todos sabemos que la enfermedad está avanzada. No sabemos qué nos vamos a encontrar cada día. Y debemos asumirlo con fuerza y responsabilidad. Tú también necesitas descanso, tranquilidad, reposo. Y aquí, en este instante, no lo vas a encontrar.

—Pero...

—He hablado con tu padre. Tus primos cogerán un taxi y se marcharán en pocos minutos. Yo me quedaré aquí mientras dure el brote, para ayudarlo. Él prefiere que te marches con ellas para descansar —agrega.

—Está bien, pero quiero hablar con él antes de irme —insiste Martina.

—De acuerdo, ahora le digo que salga.

La mujer nos hace prometer que la cuidaremos durante este proceso, cosa que ambas haremos sin necesidad de promesas. Las tres estamos abrazadas cuando Juan sale. No nos molestamos en separarnos, Martina está demasiado angustiada.

—Confío en vosotras —dice directo—. Sé que queréis a mi hija y que ella os quiere. No me hace falta saber que estaréis a su lado en este camino, y os lo agradezco, porque no será

fácil —en ese momento mira a Martina—. Debes confiar en mí. Ella no quería que la vieras así, que sufrieras esta parte de la enfermedad. Aunque te duela, deberás estar lejos en estos momentos. Quiere que recuerdes lo bueno.

—Pero...

—No hay peros, Martina —le corta muy serio—. Es su decisión y debo respetarla. Más en tu estado. Cuando estés recuperada hablaremos más en profundidad. De momento es mejor que estés con ellas durante sus brotes.

—No estoy de acuerdo —protesta.

—Lo sé, pero también sé que me harás caso. Tu tía nos acompañará cuando sea necesario —Martina asiente, diga lo que diga, no afectará a la decisión ya tomada—. ¿Hiciste la bolsa?

—Está en la escalera —su padre entra y saca una mochila, suponemos que con ropa para estos días.

—Te llamaré varias veces al día, actuaremos según el estado de tu madre, ¿de acuerdo?

—Sí...

Juan deja un beso en la frente de su hija y nos mira agradecido por lo que estamos haciendo. Lo que ha sucedido en los últimos minutos jamás imaginé vivirlo. Sheila había acordado con su marido que, en sus peores momentos, alejarían a su hija para que no pudiera vivirlo. Ella prefería ahorrarle este sufrimiento a Martina, aunque no estuviera de acuerdo. Puede ser egoísta por su parte, pero es el amor de madre lo que le hizo tomar esa decisión, y ante esto, Martina y Juan no pueden hacer nada.

Capítulo 21

Laura

Llegamos a casa una hora más tarde. Antes de volver, Sonia paró por el camino para comprar algo dulce para la merienda. Aunque no había nada en este momento que le subiese el ánimo a Martina, sin embargo, a nadie le amarga un dulce y más si le encanta.

Está acomodada en el salón, con un café y un donut de crema y chocolate blanco, su favorito.

—Gracias —dice después de un buen rato en un tono calmado—. Por cuidarme.

—No nos tienes que agradecer nada —hablo mientras me siento a su lado— ¿Te encuentras mejor?

—Sí... Sabía que esta etapa llegaría, pero no imaginé que fuese tan pronto.

—Nos tendrás aquí para todo lo que necesites, ¿de acuerdo? —le asegura Sonia, arrodillándose frente a ella y acariciando sus piernas—. Tu madre te quiere con locura, solo desea ahorrarte ese mal. No quiere que la veas en ese estado de nervios.

—Lo sé, pero es duro alejarse —ambas asentimos—. Aun así, si es lo que desea, aunque me duela, lo haré. Sé que mi tía se quedará en casa, y que ella y mi padre se ayudarán mutuamente. Llevamos muchos años sufriendo esta enfermedad en silencio. Mi padre y yo hemos ido viviendo cada etapa con ella. Y sé que le queda lo peor...

—¿Habéis pensado en internarla? Quizás sea lo mejor para ella —aporta Sonia.

—Ni nos lo hemos planteado. En cuanto ella empezó a darse cuenta de lo que tenía, nos lo dejó muy claro. Quería estar en casa. Así que así será.

Poco a poco, ya más calmada y serena, nos explica y relata todos los pasos y acuerdos que han ido tomando a lo largo de los meses, y cómo ha llegado ese punto que ella siempre odió y con el que nunca ha estado de acuerdo, pero que, por el amor que siente por su madre, cumplirá.

—Por eso no te mudaste o te independizaste, este era el motivo —acierto y asiente con media sonrisa.

—Le hice prometer que lo haría llegado este momento. Dijo que sería más fácil para mí en este instante. Ambas sabíamos que no iba a serlo, pero seguimos adelante y acepté, aunque no estuviera de acuerdo, pues lo hacía por ella. Lo que no me imaginé es que os tendría a vosotras. Vuestra compañía y cariño hará este proceso algo más fácil.

—Estaremos aquí para quererte y mimarte todo lo que necesites, enana, eso ni lo dudes —añade Sonia abrazándose a sus piernas con cariño.

La noche llega con rapidez. Después de recibir un mensaje de su tía, diciendo que su madre estaba un poco mejor, se tumba a nuestro lado, ya más tranquila. La cena y la amena conversación que tenemos le ayuda a evadirse, incluso podemos sacarle alguna sonrisa que, dada la situación, es difícil.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti? —pregunto mientras me tumbo a su lado y le acaricio las mejillas con suavidad.

—No, ya habéis hecho suficiente por mí por hoy. Aunque... No le diría que no a un beso —responde con media sonrisa.

Me muerdo el labio, borro ese pequeño espacio que nos separa y la beso. Al alejarme, Martina se queja:

—Has dicho uno —añado divertida. En ese momento Sonia se incorpora y se ríe, la expresión infantil de rabia que se ha marcado en su cara nos parece muy graciosa. Incluso ha cruzado los brazos sobre su pecho.

—Oh, venga... ¡No os ríais de mí! —exclama, totalmente roja por la vergüenza.

Vuelvo a acercarme y me quedo muy cerca, rozando con mi nariz sus labios.

—Entonces... ¿Quieres más? —susurro dejando un pequeño camino de besos por la barbilla y parte de su mejilla.

—Sí, porfi —esta vez ese tono infantil ha sido a posta, y de nuevo, nos hace reír.

Vuelvo a juntar sus labios y los míos en cuanto me mira. Esos ojos son como un imán, tienen tanta fuerza que no puedes controlar la atracción que ejercen. Sonia se une al juego y empieza a acariciarla y recorrer sus piernas mientras nos besamos. Con cuidado, le quita los pantalones del pijama y la ropa interior, dejándola vestida tan solo de cintura para arriba; aunque me atrevo a acariciarla por debajo de la ropa, sintiendo el latido de su corazón y sus rápidas respiraciones. Su piel se eriza en cuanto rozo con mis dedos el contorno de su pecho.

—Vamos a hacer esto con una condición, Martina —dice Sonia entonces, más seria—. No quiero ni un movimiento. A la primera y mínima queja de dolor, pararemos.

—Solo queremos hacerte sentir bien, y no nos perdonaríamos hacerte daño por un juego.

—Está bien. No me moveré. Podéis estar tranquilas, sé que no me haréis daño alguno.

Ya tumbada, le incorporamos un nuevo cojín para su brazo y evitar algún movimiento brusco durante el juego, además de mantenerla en la misma posición para evitar hacerle daño. La caída fue bastante aparatosa y hay zonas que aún están bastante sensibles y doloridas.

Fue difícil conseguir que no se moviera, al más mínimo roce de nuestros dedos o nuestra lengua, temblaba, pero esto hizo de ese momento algo inolvidable y bastante placentero.

Martina

Tener dos orgasmos sin poder moverme es algo que he tachado de una lista de posibles que no tengo. Cuando Laura y Sonia terminan abrazadas a mis piernas, besándome y acariciándome lentamente toda aquella piel que encuentran a su paso, siento que no puedo sentir más placer ni más amor.

Siento de nuevo los dedos de Sonia en mi centro, sé que es ella por los movimientos que hace. Se está divirtiendo.

—Entra de una vez o deja de acariciarme —ordenó, haciéndolas reír.

—¿Es que no has tenido suficiente? —pregunta Laura, incorporándose y besándome.

—Nunca estaré saciada de vosotras —respondo atrevida—. Más si no deja de acariciarme.

—Es que eres adictiva, enana.

En ese instante, dos de sus dedos entran suavemente en mí, haciéndome gemir. Estoy muy sensible y, con un suave giro y, en pocos segundos, ese tercer orgasmo se presenta, tensando mi cuerpo por completo y mojando sus dedos sin previo aviso.

Ambas terminan a mi lado, abrazadas y mirándose. Y en este momento, no puedo evitar pensar en cómo ha cambiado todo en las últimas semanas. Y no me refiero solo a mi vida, también a la suya. Esta misma tarde me han afirmado que no han mantenido relaciones a solas desde hace semanas. Sin saber por qué, algo dentro de mí se puso en alerta al

escucharlas.

Les estoy agradecida por eso, pero son un matrimonio consolidado y es muy extraño que no lo hagan si no estoy presente. ¿Acaso me estoy volviendo loca pensando esto? Lo último que quiero en la vida es entrometerme en su matrimonio. Aunque me siento halagada de que quieran incluirme siempre en su intimidad, no quiero interferir en su relación. Por unos instantes, me siento mal, no puedo permitir que alteren su dinámica de pareja por mi culpa. Yo llegué a sus vidas gracias al amor que sienten la una por la otra, no podría soportar que eso se pusiese en peligro.

Capítulo 22

Sonia

Los días comienzan a pasar y las tres somos muy conscientes de que cada uno de ellos es una auténtica montaña rusa de emociones. Por un lado, la convivencia es de nuevo un placer. Cada día nos complementamos mejor y, a medida que mejora, Martina ha vuelto a colaborar en las tareas de casa.

Al final, cada una elige la que quiere o mejor se le da y con rapidez las terminamos. Además, la conexión cada vez es mayor y es imposible no pasarnos la tarde entre nuestros brazos, acariciándonos, besándonos y aprovechando cada segundo que tenemos para afianzar la relación.

Por otro lado, el estado de Sheila nos tiene muy preocupadas, sabemos que no se ha recuperado de ese último brote y que no se levanta de la cama. Está muy apagada y, siendo realista, creo que no volverá a hacerlo. Martina, durante las últimas llamadas con su padre, nos ha dejado estar presentes y es muy poco alentador.

—Sé que es duro, hija —apuntó Juan en la última llamada, hace pocos minutos— pero ella no volverá a ser la de antes. Poco a poco se está marchando y debemos estar aquí para hacer realidad su petición. Quiere irse en nuestra casa, rodeada de sus seres queridos. Vuelve a casa hoy mismo, ese tiempo será más bien breve.

Nada más colgar, y con el permiso de Juan, decidimos hacer una pequeña maleta para estar con ella. Nos necesitaba a su lado y no íbamos a apartarnos.

Al salir de la ducha, la encuentro sentada en el borde de la cama, con la mirada fija en un punto indefinido, con la mente en blanco. Me siento a su lado y no es hasta que pongo mi mano sobre su muslo que me mira.

—¿Cómo estás?

—Sabía que este día llegaría, pero... lo veía tan lejano. No sé si estoy preparada para verla así Sonia —admite con los ojos humedecidos.

—Nunca se está preparado para algo así, cariño. Ninguna de nosotras está preparada para dejar ir a la persona que queremos. En cambio, la vida nos ha hecho fuertes para estar con ellas hasta que nos lo permitan. Va a ser muy difícil estar con tu madre ahora, lo sé —aprieto su muslo con cariño—. Sin embargo, sé que de algún modo Sheila sentirá tu presencia y tu amor.

—¿De verdad lo crees? —pregunta esperanzada.

—Estoy segura de ello —le aseguro.

Martina se deja abrazar y llora sobre mi hombro durante varios minutos, ni siquiera se mueve cuando Laura regresa.

—Ya está todo.

—Voy a terminar de vestirme y nos vamos —digo mientras me incorporo y limpio las lágrimas de Martina. Se me parte el alma al verla así, tanto que tengo que limpiar algunas lágrimas traicioneras que se me escapan mientras me visto.

Una hora más tarde, estamos cruzando la puerta de su casa. Juan nos recibe con una sonrisa triste.

—Gracias por acompañarla. Ahora os va a necesitar más que nunca —nos dice a ambas

cuando Martina desaparece para ver a su madre—. Siento mucho si en algún momento me he comportado de manera extraña con vosotras, al principio no entendía la relación que mantenéis, jamás me imaginé en una situación similar. Pero mi hija tiene razón, es feliz, y lo es gracias a vosotras. Yo no soy nadie para interponerme en esa felicidad.

—Haremos lo que esté en nuestra mano para que sea feliz siempre, Juan —añade Laura—. Martina para nosotras es muy especial, la queremos, mucho —me mira y asiento convencida—. Jamás dejaremos de amarla como lo hacemos. Y ten por seguro que vamos a estar a su lado, incluso en los peores momentos.

Sonríe y limpia una lágrima traicionera antes de que pueda correr por su mejilla, con un breve gesto nos pide que la acompañemos. Pero antes de entrar se gira y nos mira serio.

—Está despierta, y algo me dice que quiere hablar con vosotras.

—¿Con nosotras? —cuestiona Sonia.

—Sí.

—¿Y qué motivo quiere tratar...?

—Martina —suelta antes de poder terminar la pregunta. Nos mira a los ojos, alza las cejas y sonríe de lado.

Sonia y yo nos miramos, suspiramos y tenemos claro que no va a ser nada fácil, pero que debemos hacerlo. Juan entra justo por delante de nosotras y se queda a espaldas de Martina, que está sentada en un lateral, sonriente y sujeta a su madre, la cual la mira con una sonrisa cansada. No le queda mucho.

Tras unos segundos mira en nuestra dirección. Puedo jurar que a ambas se nos cae la gota de sudor cuando lo hace. Demasiados nervios.

—Podéis acercaros, chicas, no muerdo —bromea la mujer casi sin voz. Martina y Juan ríen, y nosotras sonreímos mientras le hacemos caso.

—¿Cómo se encuentra, Sheila?

—Bueno, me encantaría poder deciros que bien, pero sabéis de sobra que no es así. Ahora mismo me encuentro en un momento de lucidez y, a sabiendas de que puede ser de los últimos, me gustaría hablar con vosotras dos —nos miramos y asentimos—. A solas —añade, mirando a Martina y Juan.

—Mamá, no se si es adecuado...

—Martina, hija, no voy a discutir esto contigo —suelta seria. Juan se la lleva en pocos segundos y nos quedamos a solas en la habitación.

Nuestras respiraciones se aceleran rápidamente, cada vez estamos más nerviosas. Sabemos por qué estamos aquí y para qué. No estamos muy seguras de lo que puede llegar a decir Sheila, así que no podemos más que esperar. Con su mano, nos señala el par de sillas que tiene justo al lado y sin decir nada, nos sentamos.

—Me queda muy poco y no quiero irme sin poder hablar con vosotras —pretendo decir algo, pero no me deja—. Sabes que es así, hija, así que no te atrevas a rebatírmelo —asiento sin más— Laura, Sonia —la miramos fijamente—. ¿Queréis a mi hija?

—Sí —respondo sin dudar.

—Muchísimo —suspira Laura.

—En mis tiempos nunca sucedió nada similar. Y si se daba no era algo que se hiciese público como podéis entender. No tuve una educación tan liberal como la actual y hay cosas que se escapan de mi entendimiento. Cuando supe que a Martina le gustaban las chicas sufrí mucho, demasiado. Pensé que había hecho mal, pero con el tiempo, comprendí que no era así. Me di cuenta de que daba igual si era un chico o una chica, lo importante es que ella

fuese feliz.

—Así es.

—Lo que tampoco imaginó es que fuera a serlo con dos chicas, ¿verdad? —dice entonces Sonia, siempre directa.

La mira y sonríe, supimos en ese momento que Sheila, pese a todo, estaba haciendo ese último esfuerzo de comprender y aceptar la relación que tenemos con su hija. La conversación no termina ahí, nos confiesa que aquel día que pasamos con ellos, tras el alta de Martina, fue consciente de lo que estaba ocurriendo entre las tres. Según ella, las miradas son imposibles de fingir, y la conexión es más que evidente. Había pensado en ello y lo más importante para ella es que su hija fuese feliz, y se ha dado cuenta de que, desde que nos conoció, es así. Así que lo ha aceptado y cree, por lo poco que ha visto, que lo nuestro durará.

Estas palabras, viniendo de ella, nos hacen creer un poco más en la vida y en la suerte que hemos tenido.

Capítulo 23

Martina

Los nervios me comen cuando tengo que dejar a Laura y Sonia a solas con mi madre. Durante más de quince minutos, no se oye nada, y eso que he estado pegada a la puerta. Mi padre y yo esperamos en el pasillo, nerviosos, hablando y comentando algunos temas importantes, hasta que la puerta se abre. Sonia nos mira y vuelve junto a Laura. Al entrar, las tres se miran y se echan a reír.

—¿Puedo saber qué es tan gracioso? —pregunto confusa.

—Tu madre apostó a que tendrías cara de circunstancia al entrar después de nuestra charla, y ha ganado con todas las de la ley —apunta Sonia riendo.

Niego sonriente y me siento en la cama junto a mi madre, que coge una de mis manos y la aprieta con las pocas fuerzas que les quedan.

—¿Ocurre algo, mamá?

—No —susurra.

—Y, ¿puedo saber qué es lo que querías hablar con ellas?

—Tampoco —todos sonreímos al escucharla—. Eso queda entre ellas y yo.

—Está bien —digo resignada tras un largo suspiro—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—No, hija, todo está bien. Con teneros aquí es más que suficiente. ¿Por qué no vais a comer algo? Necesito descansar un poco.

—Claro...

—En la nevera hay comida que ha preparado tu tía antes de marcharse —dice mi padre mientras se sienta a su lado, nos hará el relevo.

—Vale.

—Hija —me giro al oír la voz de mi madre, la observo con calma hasta que habla— te quiero.

—Y yo a ti, mamá, no sabes cuánto —me acerco y dejo un dulce beso en su frente antes de marcharme.

Al salir de la habitación, y una vez que me aseguro de que no puede escucharnos, me tapo la cara y me pongo a llorar. Hacerme la fuerte frente a ella ha sido muy complicado, pero es lo mejor. Algo me dice que es la última vez que voy a verla así, que esta es su despedida, la nuestra. Lo noto en el fondo de mi corazón.

Sonia y Laura me abrazan hasta que aparentemente me calmo. En completo silencio me ayudan con la mesa y nos sentamos a comer.

—¿Podemos hacer algo por ti, Martina? —pregunta Laura.

—Estáis aquí, y es más que suficiente.

—Vamos a estar aquí siempre —agrega Sonia, cogiendo una de mis manos.

—Lo sé —respondo al mismo tiempo que correspondo su gesto—. Papá me ha dicho que no le queda mucho. Las horas de lucidez y el poco bienestar que tiene es lo normal antes de... bueno, marcharse. El médico le explicó que le pasaría algo similar. Quiere que estemos aquí, pero quiere ser él quien se quede a su lado hasta que eso suceda. Si me ha dejado venir es para que pueda despedirme de ella. Y eso, de algún modo, acabo de hacerlo.

Ninguna de las dos dice nada. Cogen mis manos y las acarician al mismo tiempo que

limpian mis lágrimas. Saben que es verdad y que no pueden hacer mucho más que apoyarme en estos momentos.

Durante toda la tarde, un silencio sepulcral se instaura entre nosotras. Nos acomodamos en el *chaiselong* del salón, no se separan ni un momento de mí. Hasta que escuchamos los pasos de mi padre, acercándose lentamente. Me incorporo y le miro. Cuando su mirada y la mía conectan, sus lágrimas se desbordan y las mías corren la misma suerte.

Mi madre se ha marchado y ya no hay nada que podamos hacer por ella. Me levanto, me abrazo con fuerza a mi padre durante varios segundos, y, aunque me cuesta hacerlo, voy con él a verla. Me quedo a los pies de la cama, incapaz de acercarme más. Su gesto es relajado, está en paz, al fin todo ese dolor ha desaparecido. Lo último que hago es volver a su lado, coger una de sus manos y dejar un último beso en su dorso.

Pierdo totalmente la noción de cuánto tiempo pasamos allí, no es hasta que la puerta se abre y mi tía aparece que me muevo. Mi padre la llamó para despedirse, pero no llegó a tiempo. La abrazo y salgo, ya que mi corazón no me permite estar ahí más tiempo.

Me dejo caer sobre los brazos de las chicas, que me esperan con lágrimas en los ojos y me atrapan para que pueda desahogarme todo lo que necesite. Sé que mi padre les pide algo que no oigo, solamente soy capaz de escuchar mi llanto y mi respiración agitada, así que me dejo guiar completamente por ellas.

Durante las siguientes horas no sé qué ocurre, cuando me tumban en la cama y me abrazan, noto como poco a poco me relajo y me quedo dormida. Estoy tan cansada que, tras estallar todo, mi cuerpo decide desconectar y descansar.

Despierto al sentir los cuerpos de Laura y Sonia abrazándome, acariciándome, ambas están hablando de algo, así que intento activarme para poder escucharlas.

—Tengo miedo de que la gente pueda decirle algo con respecto a lo nuestro —susurra Sonia— ¿has visto cómo nos han mirado ahí abajo? Ella no tiene fuerzas para esto ahora mismo, y yo no sé qué decir o hacer. No quiero complicar las cosas.

—Nada, cariño, no tienes que decir nada. Sé que es complicado, para mí también lo es, pero lo más importante ahora es estar a su lado.

—Menos mal que Juan estaba presente y ha frenado los cuchicheos de las vecinas...

—Sí, estoy segura de que te hubieses enfrentado a esas mujeres ahí abajo —ambas sonríen. Algo me dice que esto se debe a que, alguna que otra vecina, haya podido enterarse o nos haya visto juntas e intuyan lo nuestro.

—No importa lo que diga la gente —digo entonces mientras me acomodo entre las dos— yo soy feliz con vosotras, y es lo único que me importa.

Las miro y ambas sonríen.

—Tranquila —añado mirando a Sonia—. No voy a dejar que me hagan daño y tampoco que os lo hagan a vosotras. Sois mi vida, os quiero, y eso nada ni nadie lo va a cambiar —borra la poca distancia que queda entre ambas y me besa—. Si algo me ha enseñado mi madre es a luchar por lo que uno quiere, por mucho que le cueste, y yo no pienso dejar que nadie estropee esto.

Ambas me miran, orgullosas, emocionadas. Tiro de sus cuerpos para terminar abrazadas, es lo que las tres necesitamos. Es lo único que en este momento me va a dar fuerzas para seguir viviendo.

Capítulo 24

Martina

Ha pasado una semana desde que despedimos a mi madre. Durante estos días, y aunque me ha costado dar el paso, ya que no quería dejar a mi padre solo, he terminado de hacer la mudanza junto a ellas. Quería pasar unos días con él, y así lo he hecho, pero a los dos días él mismo se hizo con unas cajas. Sabía que iba a posponerlo para no hacerle daño y no quería que dejara mi felicidad a un lado.

Hoy, justo en este momento, estamos terminando de montar la nueva cama que hemos comprado. El colchón estaba bien, pero necesitábamos un poco más de espacio y decidimos comprar uno más grande.

—Sabía que eras buena como asistente personal —dice Sonia mientras termino de apretar unos tornillos— pero montando muebles eres la reina —Laura y yo reímos al escucharla.

—¡Anda ya! Si es una tontería...

—Eso lo dices porque se te da bien, si llegáis a dejarlo en mis manos, dormiríamos en el suelo tan ricamente —río, sé que es así, no tiene paciencia para seguir las instrucciones.

—Bueno, creo que esto ya está —le doy una última vuelta y me levanto— ¿Traemos el colchón? —lo hacemos al instante y lo colocamos a la perfección.

—¿Alguna quiere ofrecerse voluntaria para...?

No he terminado la pregunta cuando Sonia ya se ha tirado y ha comprobado que todo está perfectamente montado. Laura y yo la seguimos sonrientes, nos abrazamos y somos conscientes de todo el espacio que hemos ganado.

—Es perfecto, así no nos daremos patadas o codazos al girarnos —suelta Laura con una sonrisa.

—¿Te queda alguna caja por recoger, enana?

—Solo me queda una caja, con cosas del trabajo. Son carpetas y papeles que debo tener a mano cuando trabajo en casa.

—Creo que en nuestro despacho va a ser un poco complicado meter todo eso —añade Sonia pensativa—. Quizás en la mesa de la esquina del salón, la que está justo al lado de la ventana... Podemos quitar las cajas que tenemos ahí y podrás trabajar perfectamente.

—Pero no quiero que quitéis vuestras cosas, necesitáis ese espacio.

—No usamos ese espacio, cariño —aporta Laura— esas cajas están llenas de libros que no hemos colocado aún. Así aprovechamos para hacerlo y ordenar esas estanterías. Y tendrás una mesa para tu trabajo, es lo justo.

—Como queráis, yo con cualquier rinconcito me apañó, de veras.

Los siguientes minutos transcurren en silencio. Cierro los ojos mientras estoy apoyada en Sonia, escucho el latir de su corazón y su respiración. Siento una de sus manos acariciando mi espalda, mientras Laura hace lo mismo sobre mi brazo.

—Jamás llegué a imaginar que, meses después de conoceros a través de una app de citas, estaríamos así.

—Creo que ninguna de nosotras lo imaginó —susurra Laura.

—No, tenéis razón. Pero nos hemos guiado por el corazón, por lo que sentimos. Poder hablarlo y llegar a este punto ha sido increíble, y, la verdad, no quiero que se acabe nunca.

Soy muy feliz a vuestro lado y espero que esto sea para siempre.

Laura y yo sonreímos mientras nos miramos, Sonia muestra sus sentimientos en escasas ocasiones y ahora se está abriendo como nunca.

—Yo también soy muy feliz amor, muchísimo —Laura se incorpora y la besa.

—Y yo —las miro a ambas desde mi posición—. Creo de verdad que nuestra relación, desde el principio, fue especial y muy intensa. Hemos creado algo que pocas personas llegarán a entender pero que nos hace verdaderamente felices, y es lo único que me importa.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo —añade Sonia—. Es hora de dar un paso más, Laura. Tenemos que hablar con nuestras familias. Deben saberlo.

—Sí, tienes razón.

—¿Por qué no preparamos una comida este fin de semana? Podéis invitar a vuestros padres y a vuestros hermanos, creo que el mejor modo es sentándonos y hablando desde el corazón. Bueno, en este caso lo haréis vosotras, pero ya me entendéis.

—Es una gran idea, enana. ¿Qué te parece cariño? —pregunta.

—Martina tiene razón. Además, estando todos juntos, será un poco más fácil y lo soltaremos de una vez.

—¿Creéis que se lo tomarán bien? —me incorporo, me siento y las miro con miedo—. ¿Y si no aceptan esto? No quiero ser un motivo de separación entre vosotras y vuestras familias.

—Eso no va a pasar, cariño —añade Laura rápidamente. Ambas se sientan frente a mí—. Nuestras familias son bastante liberales en este aspecto, mi hermano tiene una relación abierta con una mujer desde hace años. Él les explicó la situación y lo respetaron y comprendieron.

—Al novio de mi hermano lo recibieron con los brazos abiertos cuando aún eran amigos, y ahora cada vez que pueden quedan con ellos para comer o hablar, como con nosotras —sigue Sonia—. Al final, los tiempos cambian y, aunque al principio no lo comprendieran, lo han mirado con perspectiva y han comprendido que lo más importante es que seamos felices.

—Sí, explicándoles la situación con calma y hablando con ellos, lo entenderán y nos apoyarán, ya lo verás —añade.

—¿Seguro? —ambas asienten sonrientes—. Me quedo más tranquila entonces...

Miro el reloj de la mesilla y sonrío antes de hablar.

—Sabéis... aún quedan un par de horas para la cena, quizás podríamos... —a medida que voy hablando, la ropa de las chicas sale de sus cuerpos rápidamente. Sonrío y muerdo mi labio inferior—. Vaya, no soy la única que tiene ganas...

Me incorporo lo suficiente para quitarme el vestido que llevo puesto, quedándome en ropa interior. Laura toma una de mis manos hasta que me siento sobre ella, su piel arde, la mía también. Un escalofrío me recorre cuando Sonia se pone justo detrás y pega su pecho a mi espalda, sus manos ya solo buscan darnos placer y no se lo vamos a prohibir.

Si de algo estoy segura, es de que las amo con todo mi ser desde el momento en el que las conocí. Esa conexión fue inmediata con cada una de ellas, y cuando dimos el paso de ser tres, todo se convirtió en algo más fuerte. Otras personas podrán entenderlo o no, pero no nos importa. Lo único que deseamos desde el primer día es ser felices, y lo estamos consiguiendo. No todo ha sido fácil, no hemos tenido un camino lleno de rosas. Sin embargo, el esfuerzo y el compromiso por parte de las tres ha hecho que todo se complemente de una manera extraordinaria.

El amor se siente o no se siente, nosotras sí lo sentimos, os lo puedo asegurar.

Otros libros de las autoras

Si te ha gustado este libro, seguramente te gustarán estos otros. Y por favor, no te olvides de dejar un comentario en Amazon o Goodreads. No te lleva casi nada de tiempo y es importante para que otras personas encuentren el libro.

¡¡¡Muchas gracias!!!

[Por y para siempre](#)



Amelia es camarera en uno de los mejores clubes nocturnos de Barcelona.

Alba, futura enfermera, decide salir con sus amigas a ese famoso club, sin saber que esa noche su vida dará un giro de 360 grados.

Cuando se conocen, algo cambia. Una amistad y una conexión arrolladora las envuelve y, a pesar de los miedos que puedan tener, deciden lanzarse y cogerse de la mano.

En ocasiones, el pasado y el presente pueden llegar a ser complicados, pero no hay nada que el amor y la verdad no puedan superar.

Adéntrate en la historia de Amelia y Alba, dos chicas cuyo objetivo es ser feliz y poder compartir un poquito de esa felicidad con la otra.

[Un pasado con espinas](#)



“Crow” Hollander dejó atrás un pasado repleto de espinas... o eso pensaba.

Al salir de la cárcel, le aseguraron que se abría ante ella la oportunidad de una nueva vida. Pero, cada noche, en su minúsculo apartamento, la ansiada libertad se parece más a un arresto domiciliario en el que tan solo encuentra soledad y puertas cerradas. Nadie quiere contratar a una expresidiaria.

Y cuando su característica rosa negra aparece junto a un cadáver, todo se vuelve mucho más confuso.

Pasa de inmediato a ser la principal sospechosa de un crimen que no ha cometido y se verá obligada a meterse en la retorcida mente de un peligroso asesino en serie para demostrar su inocencia.

Aunque, quizá, el mayor peligro sea empezar a sentir algo por la detective que ha jurado encerrarla para siempre.

Porque la línea que separa la pasión de la locura es tan fina como las afiladas espinas de una rosa.

[La vecina de enfrente](#)



Clara Guerra es una mujer risueña y trabajadora que se muda a un edificio de vecinos buscando esa independencia tan deseada.

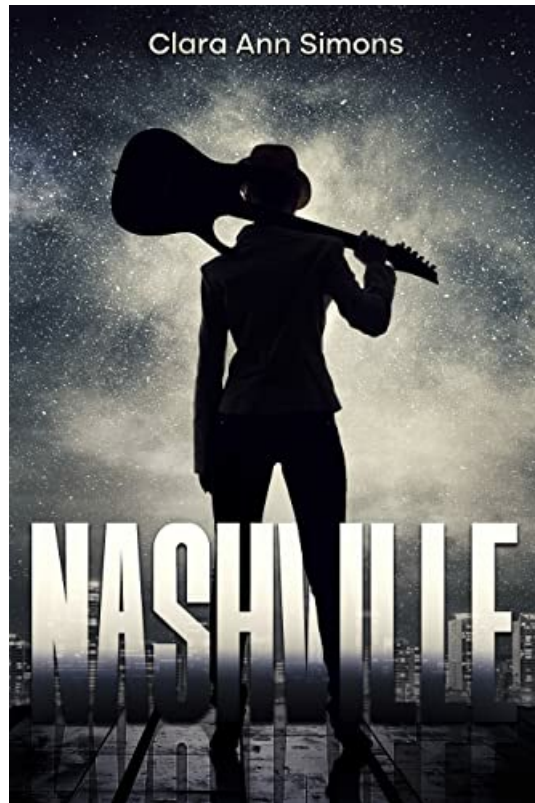
Linda Sanz, por su parte, es una mujer de carácter fuerte, muy reservada y cuadriculada. ¡Así la definen aquellos que la rodean! Y es, nada más y nada menos, que la vecina de enfrente.

Todo cambia cuando empiezan a conectar después de un primer e inesperado encuentro, a partir del cual ambas se sienten cada vez más unidas. Ninguna de las dos imaginó que una simple carta las volvería imprescindibles en sus respectivas vidas.

Clara y Linda emprenderán un camino juntas, lleno de miedos, dudas y mucha aceptación. Un camino lleno de piedras que intentarán superar de la mano. Y es que nada ni nadie podrá romper esa conexión que las une, aunque para ello deban dejar atrás aquello que más quieren.

Una historia llena de oportunidades, aceptación, amistad, familia y amor, mucho amor.

[Nashville](#)



Sexo, drogas y rock and roll.

La vida de Jackie Thomas podría resumirse en esa mítica frase.

Tras abandonar su hogar a los 16 años, deambuló por el país, buscándose la vida en varios grupos como cantante o guitarrista. Ahora, a los 28 años, ha llegado a lo más alto como vocalista de los Black Magic, una banda de heavy metal con una legión de fieles seguidores. Mary Crawford es una figura en ascenso en la música country. Apodada por la prensa como la “Princesa de Nashville” se va abriendo paso en un grupo junto a sus dos hermanas mayores bajo la estricta dirección de su padre, que condiciona cada aspecto de su carrera musical y de su vida.

Cuando deben viajar a Las Vegas al ser contratadas por una cadena de televisión como jurado de un concurso de talentos, saltan chispas entre ellas. El carácter fuerte e irresponsable de una choca contra buen juicio de la otra, aunque pronto descubrirán que tienen más en común de lo que en un principio pensaban.

Al fin y al cabo, Las Vegas es una ciudad llena de magia.

Sin embargo, ¿lo que pasa en Las Vegas se queda siempre en Las Vegas?